

La responsabilidad de los intelectuales

Noam
Chomsky

La responsabilidad de los intelectuales

Noam Chomsky

Traducido por Jorge Promio
Editorial Galerna, Buenos Aires, 1969

Título original:
The Responsibility of Intellectuals
The New York Review of Books, 1967

Estos trabajos aparecieron originalmente en *The New York Review of Books*, en las fechas que se indican al pie de cada uno. Fueron publicados también en los *Cuadernos de Casa de Las Américas*, en 1968.

Los números entre corchetes corresponden a la paginación de la edición impresa.

PRÓLOGO

En el “Congreso por una acción inmediata en Vietnam”, realizado en Estocolmo en mayo de 1969, Noam Chomsky, el joven padre de la gramática generativa, delineaba un análisis de la sociedad norteamericana en función de las consecuencias de la guerra de Vietnam sobre su país: “Un hombre verdaderamente perspicaz y sensible que visitara los Estados Unidos en la actualidad, se sentiría impresionado por la hostilidad, el miedo y la irracionalidad, por la sensación de que la estabilidad de la sociedad está en peligro, aunque no pueda vislumbrar otras alternativas verdaderas”. El proceso de expansión que sucedió a la segunda guerra mundial, caracterizado por un bienestar económico en ascenso y una homogeneidad ideológica que la guerra fría ayudó a consolidar, encuentra en la actualidad —según Chomsky— su contracara: crecientes peligros en la economía y el comienzo de la desintegración de la uniformidad ideológica que servía de soporte a la estabilidad social. Ambos datos tienen que ver con la guerra que sostiene Estados Unidos en el Sudeste asiático; el último, constituye uno de los [8] fenómenos más importantes en la historia norteamericana de este siglo. “Debemos agradecer a nuestros amigos vietnamitas por esta evolución favorable —afirma Chomsky. La guerra de Vietnam ha conducido a la muerte (que esperamos sea por largo tiempo) del consenso debilitante de la guerra fría”.

Los últimos años de guerra, en efecto, han sido decisivos para la evolución señalada por el prestigioso intelectual de Harvard. Una toma de conciencia cada vez más nítida subraya las principales tendencias del movimiento político norteamericano. Toma de conciencia que se evidencia también en el caso de Chomsky y que señala la distancia que existe entre los escritos políticos que se reproducen en este libro, (aparecidos en 1967) y sus últimas posiciones (por ejemplo el discurso de Estocolmo). Si los primeros están recorridos por cierto eticismo iluminista, el último —sin abandonar sus principios ideológicos fundamentales— postula un análisis de las estructuras como medio para comprender las líneas de fuerza que conducen la política exterior norteamericana.

Más allá de los aciertos o equívocos en que incurre con sus análisis y por sobre los acuerdos o rechazos que susciten sus criterios sobre los mejores métodos para [9] oponerse a la guerra de Vietnam, el caso de Noam Chomsky es paradigmático en la situación actual de los intelectuales estadounidenses inmersos en una serie de acontecimientos cuya significación resulta dificultosamente accesible y sobre los cuales toda predicción parece apresurada. Lo cierto es que desde el comienzo de la guerra hasta ahora han tomado cuerpo la rebeldía negra, la acción de los estudiantes en los campus universitarios, el movimiento hippie; también acontecieron las multitudinarias marchas contra la guerra, la explosión de bombas en edificios ocupados por grandes compañías monopolistas y el llamamiento a la “mayoría silenciosa” efectuado recientemente por el presidente Nixon.

Cuando Noam Chomsky, crecido en el seno de una comunidad judía progresista de Nueva York, escribió su primer artículo político en la revista del colegio donde cursaba su bachillerato, estimulado por la caída de Barcelona durante la guerra civil española, o cuando se vinculó con Zellig Harris (con quien tenía grandes afinidades políticas) que encabezaba el Departamento de Lingüística de la Universidad de Pensilvania, estaba lejos de sospechar que a los 35 años revolucionaría el mundo de la lingüística elaborando una teoría —la gra-[10]mática generativa— llamada a superar “las teorías y métodos con que opera la lingüística estructural”. Pero el actual profesor del Massachusetts Institute of Technology sospecharía mucho menos que diez años después se iba a convertir en uno de los puntales del movimiento de resistencia a la política oficial norteamericana y se lanzaría a una actividad pública que rivaliza en dedicación y esfuerzo con su propia tarea científica. Cuando Chomsky proclama la falacia que encierra la “tecnología libre de valores”, está justificando las razones de su acción política: “La medida en que esta ‘tecnología’ está libre de valores no es muy importante, dados los compromisos tan claros de los que la aplican. Los problemas que atañen a la investigación son los planteados por el Pentágono o las grandes corporaciones y no, digamos, por los revolucionarios del nordeste brasileño. Tampoco tengo ninguna noticia de algún proyecto de investigación acerca de cómo las guerrillas pobremente armadas podrían resistir más eficazmente ante una tecnología militar brutal y devastadora”. Ni la ciencia es ajena a la política, ni la política puede convertirse en la acción de especialistas:

todo y todos están incluidos dentro del proyecto social de la clase gobernante. En otras palabras y aunque la reducción [11] sea un tanto apresurada, la política depende del poder real que posee una clase gobernante y toda modificación surge del accionar de otra fuerza que, de un modo u otro, obligue a revisar aquellas pautas que rectamente convienen a quienes detentan el mando. En el horizonte, norteamericano las relaciones son especialmente confusas: la ilusión de la libertad de prensa y los periódicos actos electorales han universalizado la imagen de una nación donde todos los ciudadanos participan de las decisiones fundamentales del gobierno. En su discurso de mayo de 1969 Chomsky corrige algunas deformaciones: “los centros del poder no han sido sacudidos. El grupo de elite que ha determinado la política nacional a lo largo de todo el siglo XX está más sólidamente consolidado que nunca. El año pasado, las cien más grandes sociedades poseían casi la mitad de los bienes industriales de la nación. El papel del congreso disminuye en relación al del poder ejecutivo. Las decisiones fundamentales son tomadas al margen de la opinión pública”.

La contradicción, verdaderamente desesperante, entre la lucidez y la imposibilidad de actuar, evidencia el conflicto del intelectual que condena globalmente a la sociedad, que señala lo inadecuado de la [12] oposición liberal al sistema y que sin embargo no encuentra opciones válidas para encausar la lucha. Nixon tiene razón: una mayoría silenciosa lo apoya. La ideología dominante responde a los intereses constituidos y las estructuras sobre las que se asienta la sociedad genera un pensamiento, una manera de existir adoptados por la mayoría, que está más allá de las abstractas convicciones morales o de la verdad univer-

sal que Chomsky preconizaba en sus escritos de 1967. En Estocolmo, ejemplificaba la situación con su propio centro de investigación: “El M.I.T. administra dos laboratorios dependientes del Departamento de ‘Defensa’, como se dice eufemísticamente. El presupuesto de estos laboratorios alcanza a unos 725 millones de dólares al año y poseen miles de empleados. Uno de esos laboratorios se dedica actualmente a la investigación del sistema de conducción de los cohetes Poseidon, etapa mayor en la escalada de la carrera armamentista. Estos laboratorios también están vinculados directamente al desarrollo de la tecnología antiinsurreccional, detectores de túneles subterráneos, sistema de detección de personas ocultas bajo follaje denso, etc. Durante las últimas semanas, una vigorosa protesta estudiantil ha llevado a la constitución de una comisión encuestadora. Los [13] testimonios han sido notables. Desde científicos eminentísimos hasta los técnicos, la comisión escuchó llamados a favor del mantenimiento del poderío militar norteamericano. Al mismo tiempo el sindicato que representa a los técnicos y al personal calificado, ha iniciado un proceso ante los tribunales para impedir que el M.I.T. abandone la investigación militar. Era absolutamente racional desde su punto de vista puesto que la economía de Nueva Inglaterra no ofrece otras posibilidades de empleo. En síntesis, puede observarse la convergencia objetiva de grupos de interés organizados: las compañías, los sindicatos, la inteligencia científica y técnica. Convergencia cuyo soporte está constituido por el sistema paranoico de la ideología de la guerra fría”.

La verificación que efectúa Chomsky no deja de ser abrumadora. Reconoce estructuras que actúan con independencia de los buenos o

malos sentimientos de las personas concretas que las encarnan. El privilegio de los principios (opciones morales) y el poder modificador de una pretendida libertad de la inteligencia humana, entran en conflicto con una realidad que permanece inmodificada. Chomsky, que indudablemente, no ha dejado de creer en la Verdad y la Ética, ejemplifica el dilema de [14] quienes intentan actuar desde las entrañas de un enemigo que se reconoce en el propio país y la conciencia de que quienes verdaderamente hacen por concluir la guerra son las fuerzas del Frente de Liberación Nacional vietnamita mostrados a su vez como enemigos de esa entidad abstracta que es la nación. Dilema que se agudiza ante la certeza de que el poder “real” deriva de los 100 grandes monopolios que concentran la mayor riqueza de los Estados Unidos y la reiterada esperanza en valores privilegiados por la mirada liberal: en última instancia el autor de Cartesian Linguistics cree en la Verdad como entidad absoluta y no como una táctica que los hombres se dan en un momento determinado; cree, además, en la posibilidad de alcanzar esta verdad a pesar de los condicionamientos necesariamente ideológicos que establece el pensamiento dominante. La indignación de Chomsky contra los intelectuales que en homenaje a un pretendido “interés nacional” han deformado candentemente la “verdad”, es legítima sólo si se la piensa desde una perspectiva política determinada. La consigna de que “la responsabilidad de los intelectuales consiste en decir la verdad y revelar el engaño”, prescinde del hecho de que uno y otro valor son esencialmente moralizantes, [15] de que no existen verdades a priori en el terreno de los conflictos sociales y de que la verdad de una clase se opone a la verdad de la otra: existen intereses y no verdades. Los actos de los Estados Unidos no dependen de la mayor

o menor buena voluntad de un estadista: John Kennedy fue el responsable de la participación masiva de Estados Unidos en la guerra, a pesar de su “ideología” pacifista: Nixon tendrá que concluir posiblemente con esa guerra a pesar de ser el candidato de los ultras. La “verdad” para los intereses de los monopolios norteamericanos (y del pueblo norteamericano en la medida que asuma esos intereses) es la guerra contra los vietnamitas. La aceptación de un gobierno democrático en Vietnam sería la aceptación de una derrota, no de una verdad. En las relaciones sociales y políticas, se establece un juego de fuerzas entre ideologías: la búsqueda de verdades comunes y absolutas no deja de ser una de las formas del engaño. Cuando Chomsky afirma que el F.L.N. es el que más hace por concluir la guerra metaforiza la única posibilidad de acción posible: la fuerza contra la fuerza; ante la salvaje soberbia del enemigo, la violencia sin cuartel que lo derrote.

HÉCTOR SCHMUCLER

[19]

LA RESPONSABILIDAD DE LOS INTELLECTUALES

Hace veinte años, Dwight MacDonal publicó en *Politics* una serie de artículos sobre la responsabilidad de los pueblos y particularmente sobre la responsabilidad de los intelectuales. Los leí siendo estudiante, en los años inmediatamente posteriores a la guerra, y tuve la ocasión de releerlos hace algunos meses. Me parece que no han perdido nada de su poder o persuasión. MacDonal se interesa por la cuestión de la culpabilidad en la guerra. Se pregunta en qué medida el pueblo alemán y el pueblo japonés eran responsables de las atrocidades cometidas por su gobierno. Y de modo totalmente apropiado, nos devuelve la pregunta: ¿en qué medida el pueblo británico y el pueblo norteamericano son responsables de los terribles bombardeos de poblaciones civiles, perfeccionados como técnica de guerra por las democracias occidentales, y que tuvieron como punto culminante Hiroshima y Nagasaki, ciertamente entre los crímenes más indecibles de la historia? Para un estudiante de los años 1945-1946 (y para todos aquellos cuya conciencia [20] política y moral fue formada por los horrores de los años 1930, por la guerra de Etiopía, las purgas de Rusia, “el incidente de China”, la guerra civil de España, las atrocidades nazis, las reacciones occidentales ante estos acontecimientos y en parte, por la complicidad occidental) estas preguntas tienen una significación particular y una profunda resonancia. En lo que se refiere a la responsabilidad de los intelectua-

les, hay otras preguntas que plantear, igualmente inquietantes. Los intelectuales tienen la posibilidad de mostrar los engaños de los gobiernos, de analizar los actos en función de sus causas, de sus motivos y de las intenciones subyacentes. En el mundo occidental, al menos, tienen el poder que emana de la libertad política, del acceso a la información y de la libertad de expresión. La democracia de tipo occidental otorga a una minoría privilegiada el tiempo libre, los instrumentos materiales y la instrucción que permiten la búsqueda de la verdad escondida tras el velo de deformaciones, de falsas representaciones, de la ideología y de los intereses de clases, a través de los cuales se nos da la historia inmediata. Las responsabilidades de los [21] intelectuales son, por consiguiente, mucho más profundas que la responsabilidad de los pueblos (para emplear el término de MacDonald) dados los privilegios únicos de que gozan los primeros.

Los problemas planteados por Mac Donald resultan más pertinentes hoy que hace veinte años. Es casi imposible evitar preguntarnos en qué medida el pueblo norteamericano es responsable por la salvaje agresión contra una población rural casi indefensa en Viet Nam, otro ejemplo de atrocidad en la “era Vasco de Gama” de la historia mundial, como llaman los asiáticos a nuestra época. ¿Qué lugar ocupamos nosotros en las páginas de esta historia, nosotros que hemos asistido silenciosos y apáticos a los inicios de esta catástrofe hace doce años? Sólo los más insensibles pueden esquivar estas preguntas. Volveré pronto sobre ellas, después de algunos señalamientos dispersos sobre la responsabilidad de los intelectuales y sobre su manera de asumir en la práctica esta responsabilidad a mediados de los años sesenta. [22]

La responsabilidad de los intelectuales consiste en decir la verdad y revelar el engaño. Se trata, según parece, de una perogrullada que no precisa comentario alguno. No hay tal cosa, sin embargo. Para el intelectual moderno esta afirmación no es en lo más mínimo evidente. Así, Martin Heidegger escribía en 1933 en una declaración favorable a Hitler, que “la verdad es la revelación de lo que hace a un pueblo seguro, claro y fuerte en su acción y en sus conocimientos”; se es responsable solamente de este tipo de “verdad”. Los norteamericanos tienen tendencia a ir mucho más lejos en este camino. Cuando el *New York Times* pidió en noviembre de 1965 a Arthur Schlesinger que explicara las contradicciones entre el relato que acababa de publicar sobre el *affaire* de la Bahía de Cochinos y el relato que dio a la prensa en el momento del ataque, aquél hizo notar simplemente que había mentido, y unos días más tarde cumplimentó al *Times* por haber ocultado informaciones sobre la preparación de la invasión, en aras del “interés nacional”, según el término empleado por este grupo de hombres arrogantes e ilusos, descritos de modo [23] tan halagador por Schlesinger en su reciente obra sobre la administración Kennedy. No ofrece particular interés que un hombre sea feliz mintiendo por una causa que sabe injusta; pero sí es significativo que tal comportamiento provoque tan pocas reacciones en la comunidad intelectual: nadie dijo, por ejemplo, que hay algo extraño en el ofrecimiento de una de las principales cátedras universitarias, relacionada con las humanidades, a un historiador que cree su deber persuadir al mundo de que la invasión a un país vecino, patrocinada por los Estados Unidos, no era en realidad tal cosa. ¿Y qué decir de la serie increíble de mentiras proferidas por nuestro gobierno y sus portavoces sobre el problema de las

negociaciones en Viet Nam? Los hechos son conocidos de todos los interesados en saberlo. La prensa norteamericana y extranjera publicó documentos que refutan las mentirosas tesis oficiales. Pero el poderío del aparato de propaganda del gobierno es tal, que el ciudadano que no acomete investigaciones sistemáticas sobre el tema no puede casi esperar una confrontación de las afirma-[24]ciones gubernamentales con los hechos¹.

¹ Se realizaron y publicaron investigaciones sistemáticas como “libro blanco de los ciudadanos”: F. Schurmann, P. D. Scott, R. Zelnik, *The Politics of Escalation in Vietnam*, Fawcett World Library y Beacon Press, 1966. Para conocer más pruebas del rechazo de los Estados Unidos a las iniciativas de la ONU, tendientes a la reglamentación diplomática del conflicto, justamente antes de la escalada de febrero de 1965, ver Mario Rossi, “The US rebuff to U Thant”, en *The New York Times Review of Books*, noviembre 17 de 1966. Se encontrará otra parte de las pruebas sobre las tentativas del FNL para formar un gobierno de coalición y para neutralizar la región (tentativas que fueron rechazadas por los Estados Unidos y sus aliados de Saigón), en Douglas Pike, *Vietcong*, MIT Press, 1966. Al leer materiales como éste debemos poner especial atención en distinguir las pruebas de las “conclusiones” que de ellas han sido extraídas (ver nota 22). Es interesante ver las primeras reacciones publicadas, algo oblicuas, a *The Politics of Escalation*, por los que defienden nuestro derecho a conquistar Viet Nam del Sur e instalar un gobierno de nuestra elección. Por ejemplo, Robert Scalapino (*New York Times Magazine*, diciembre 11, 1966) arguye que la tesis del libro implica que [25] nuestros dirigentes son “diabólicos”. Ya que ninguna persona cuerda puede creer esto, la tesis es refutada. Asumir otra cosa revelaría “irresponsabilidad”, en un sentido del vocablo —un sentido que le da un ángulo irónico al título de este ensayo. Continúa señalando la supuesta debilidad central en la tesis del libro, es decir, el no percibir que un acuerdo diplomático sería interpretado por nuestros contrincantes como un signo de debilidad.

Los fraudes y las distorsiones que acompañan la invasión norteamericana a Viet Nam son ahora tan habituales que ya casi resultan chocantes. Por eso es útil recordar que los actuales niveles de cinismo tienen algunos precedentes apenas menos flagrantes y que, en su momento, fueron tolerados tranquilamente en este país. No es inútil comparar las afirmaciones del gobierno en la época de la invasión a Guatemala, en 1954, con la confesión de Eisenhower (para no decir sus jactancias) cuando declaró, diez años después, que aviones norteamericanos habían sido enviados “para ayudar a los invasores” (*New York Times*, octubre 14 de 1965). No solamente en períodos de crisis se considera perfectamente admisible la duplicidad. Los “hombres de la nueva frontera”, por ejemplo, no se han distinguido particularmente por su preocupación por la exactitud histórica, incluso cuando ya no se les pide que provean una cobertura de propaganda para acciones en curso. Así, Arthur Schlesinger (*New York Times*, febrero 6 de 1966) fundamenta el bombardeo de Viet Nam del Norte y la escalada masiva a inicios de 1965 en un “argumento perfectamente racional”: “mientras los vietcongs pensaran que iban a ganar la guerra no tendrían interés en un acuerdo negociado”. La fecha es importante. Si esta declaración hubiera sido hecha seis meses antes, podría haber sido atribuida a la ignorancia.

Pero esta declaración apareció después que las iniciativas de la ONU, de Viet Nam del Norte y de los soviéticos ocuparon durante meses la primera página de los periódicos. Un amplio público sabía que estas iniciativas habían precedido la escalada de febrero de 1965 y habían continuado durante varias semanas, después del comienzo de

los bombardeos. Los corresponsales en Washington trataron desesperadamente de encontrar alguna explicación a esta mistificación extraordinaria. Charles Roberts, por ejemplo, escribía en el *Globe* de Boston, el 19 de noviembre, una ironía inconciente: (los últimos días de febrero de 1965) “no parecían a Washington el momento propicio para negociaciones (puesto que) el señor Johnson... acababa justamente de ordenar los primeros bombardeos sobre Viet Nam del Norte, a fin de llevar a Hanoi a la mesa de conferencias y crear, con vistas a una eventual negociación, una correlación de fuerzas más equilibrada”.

Producida en estas circunstancias, la declaración de Schlesinger no es tanto un ejemplo de engaño como de desprecio hacia un auditorio al que se pide que tolere en silencio, si es que no la aprueba, tal conducta². [28]

² En otros momentos, Schlesinger da muestras de una admirable prudencia de estudioso. Así en su introducción a *The Politics of Escalation*, admite que el interés de Hanoi por una negociación ha podido evolucionar. Sobre los engaños del gobierno norteamericano acerca de las negociaciones y sus repetidas acciones para entorpecer los intentos de producirlas, indica solamente que los autores quizás han subestimado las necesidades militares y que, en el porvenir, los historiadores probarán quizás que aquéllos estaban equivocados. Esta prudencia y este despego deben compararse con la actitud del mismo Schlesinger con relación a recientes estudios sobre el origen de la guerra fría. En una carta a la *New York Review of Books* de octubre 20 de 1966, señala que es hora de detener los ensayos que tratan de mostrar que la guerra fría no se debe solamente al belicismo comunista. Se nos pide, en resumen, que creamos que el problema relativamente simple de los orígenes de la guerra fría está arreglado más allá de toda discusión, mientras que el problema mucho más complejo del rechazo de los Estados Unidos a una reglamentación negociada en Viet Nam debe dejarse a la consideración de futuros historiadores.

Para apreciar mejor la formulación y la realización de la política norteamericana, examinemos ahora algunas reflexiones de Walt Rostow, un hombre que, según Schlesinger, contribuyó con su “amplia visión histórica”³ a la [29] política exterior de la administración Kennedy.

Según su análisis, Stalin desencadenó la guerrilla en Indochina en 1946⁴, y Hanoi es el origen de las guerrillas en Viet Nam del Sur, en 1958 (*The View from the Seventh Floor*, pág. 39 y 152). Del mismo modo, los estrategas comunistas pusieron a prueba “las defensas del mundo libre” en el norte de Azerbaidján y en Grecia (“donde Stalin apoyó un importante movimiento de guerrillas”, *ibid.*, págs. 36 y 148), aplicando planes cuidadosamente proyectados en 1945. Y en Europa central, la Unión Soviética no estaba “preparada para aceptar una solución susceptible de eliminar las tensiones peligrosas del centro de Europa, porque semejante solución habría debilitado progresivamente el co-[30]munismo en Alemania oriental” (*ibid.*, pág. 156).

Es útil recordar que el propio gobierno de los Estados Unidos era en ese momento mucho menos tímido para explicar su rechazo de una solución negociada significativa. Como él mismo ha reconocido, una solución de este tipo le habría eliminado la posibilidad de controlar la situación (ver nota 26).

³ Arthur Schlesinger, Jr., *A. Thousand Days: John F. Kennedy in the White House*, 1965, pág. 421.

⁴ *The View from the Seventh Floor*, Harper and Row, 1964, pág. 149. Ver también su *United States in the World Arena*, Harper and Row, 1960, pág. 244: Stalin, explotando el desorden y la debilidad del mundo de posguerra (...), intentó trastornar la correlación de fuerzas en Eurasia..., volviéndose hacia el este para apoyar a Mao y excitar a los comunistas de Corea del Norte y de Indochina...

Es interesante comparar estas observaciones con estudios de historiadores serios. El señalamiento sobre el papel de Stalin en la primera guerra de Viet Nam en 1946 no merece siquiera refutación. En lo que concierne a la implicación de Hanoi en los acontecimientos de 1958, la situación es más complicada. Pero incluso las fuentes gubernamentales⁵ conceden que Hanoi recibió en 1959 los primeros informes directos sobre lo que Diem consideraba su propia guerra de Argelia⁶ y que sólo después de esta fecha [31] Viet Nam del Norte se comprometió en la batalla. En realidad, en diciembre de 1958 Hanoi acometió una de sus numerosas tentativas —rechazada de nuevo por Saigón y Estados Unidos— para establecer relaciones diplomáticas y comerciales con el gobierno de Saigón, sobre la base de *statu, quo*⁷. Rostow no ofrece prueba alguna del apoyo de Stalin a las guerrillas griegas. En realidad, a pesar de que la historia de este episodio se halle lejos de estar claramente establecida, parece que Stalin no estaba del todo satisfecho del

⁵ Por ejemplo, el artículo del analista de la CIA George Caver, en *Foreign Affairs* de abril de 1966 (ver nota 22).

⁶ Cf. Jean Lacouture, *Vietnam between two Truces*, Random House, 1966, pág. 21. El análisis de Diem era compartido en esa época por observadores occidentales. Ver, por ejemplo, los comentarios de William Henderson, especialista en problemas del Extremo Oriente, miembro del *Council of Foreign Relations*, en R. W. Lindholm, ed., *Viet Nam: The First Five Years*, Michigan State, 1959. Observa “la alineación creciente de la *intelligentsia*”, “el renacimiento de la disidencia armada en el Sur”, el hecho de que “la seguridad se deterioró en gran [31] medida en los últimos dos años” a consecuencia de la “siniestra dictadura” de Diem y anuncia “una agravación constante del clima político en el Viet Nam libre, culminando en desastres imprevistos”.

⁷ Ver Bernard Fall, “Viet Nam in the Balance”, *Foreign Affairs*, octubre de 1966.

aventurerismo de las guerrillas griegas, las que, desde su punto de vista, volvían a poner en cuestión los satisfactorios acuerdos imperialistas de la posguerra⁸. [32]

Los señalamientos de Rostow sobre Alemania son todavía más interesantes. No encuentra oportuno, por ejemplo, mencionar las notas rusas de marzo–abril de 1952, que proponían la reunificación de Alemania a través de elecciones internacionalmente controladas, con el retiro de todas las tropas extranjeras, en el plazo de un año, *si* se garantizaba esto, y pedían a cambio que la Alemania reunificada no fuera autorizada para integrarse a la alianza militar occidental⁹. Y ha olvidado [33] también momentáneamente, que (según los términos del mismo Rostow) la estrategia de las administraciones Truman y Eisenhower consistía en “evitar toda negociación seria con la Unión Soviética-

⁸ Stalin no se regocijaba tampoco de las tendencias titoístas en el seno del partido comunista griego ni de la posibilidad de que una federación balcánica pudiera desarrollarse bajo la dirección titoísta. Es concebible, sin embargo, que Stalin haya apor-[32] tado una ayuda a las guerrillas griegas en un momento dado de la rebelión, a pesar de la dificultad que se afronta para hallar una prueba de esa ayuda. No hace falta ningún estudio para demostrar el papel de los británicos o los norteamericanos en la guerra civil después del final del año 1944. Ver D. G. Kousoulas, *The Price of Freedom*, Syracuse, 1953. Ver también *Revolutions and Defeat*, Oxford, 1965. Son estudios serios sobre estos acontecimientos desde un punto de vista marcadamente anticomunista.

⁹ Para más detalles, ver James Warburg, *Germany: Key to Peace*, Harvard, 1953, pág. 189 y siguientes. Warburg concluye que aparentemente “el Kremlin estaba ya preparado a aceptar la creación de una democracia panalemana en el sentido occidental de este término”, mientras que las [33] potencias occidentales, en su respuesta, “admitían francamente que su plan consistía en hacer participar a Alemania de una comunidad europea puramente defensiva” (OTAN).

ca, hasta que Occidente pudiera poner a Moscú ante el hecho consumado¹⁰ de un rearme alemán en [34] el marco de una Europa organizada” en violación de los acuerdos de Potsdam.

Pero la referencia que hace Rostow de Irán es la más interesante, Hubo allí, efectivamente, una tentativa soviética de imponer por la fuerza, en el norte de Azerbaidján, un gobierno pro-soviético que habría garantizado a la Unión Soviética un acceso al pe-[35]tróleo iranio. Esta tentativa fue rechazada por fuerzas angloamericanas

¹⁰ *United States in the World Arena*, págs. 344-345. Los que deploran a justo título la represión brutal de las revoluciones de Alemania Oriental y de Hungría harían bien en recordar que esos acontecimientos escandalosos podían haber sido evitados si los Estados Unidos hubieran aceptado considerar las proposiciones para la neutralización de Europa central. Algunas afirmaciones recientes de George Kennan aclaran este problema de modo interesante: por ejemplo, sobre el carácter erróneo de la hipótesis según la cual la Unión Soviética tenía la intención de atacar o de intimidar por la fuerza a la mitad occidental del continente y que fue refrenada por la fuerza norteamericana; y sus señalamientos sobre lo estéril y absurdo de las exigencias de una retirada soviética unilateral de la Alemania Oriental, unida a “la inclusión en una Alemania reunificada [34] como un componente importante en un sistema occidental fundado esencialmente en los armamentos nucleares (*Pacem in Terris*, E. Reed, ed., Pocket Book, 1965). Vale la pena notar que las fabulaciones históricas del tipo Rostow se han convertido en una especialidad del Departamento de Estado. Así, Thomas Mann justifica nuestra intervención en la República Dominicana presentándola como una respuesta a las acciones del “bloque militar chino-soviético”. Algo más serio es el análisis de William Bundy sobre los estadios del desarrollo de la ideología comunista, en su conferencia en *Pomona College*, el 12 de febrero de 1966. En ella caracteriza a la Unión Soviética entre los años 1920 y principios de los años 1930 “como si atravesara una fase agresiva y militante”. Lo que horroriza en tales fantasías —distintas a la falsificación pura y simple— es que quizás sean sinceras y que puedan ser la base de una política.

superiores en 1946. El imperialismo, más poderoso, se aseguró así el control indiviso del petróleo iranio, gracias a la instalación de un gobierno prooccidental. Recordemos lo que sucedió cuando, por un breve período, al comienzo de los años 50, el único gobierno iranio que haya gozado del apoyo popular quiso poner en práctica la curiosa idea de que el petróleo iranio debía pertenecer a los iranos. Y Rostow habla sin rubor del “mundo libre” al que pertenecería el norte de Azerbaidján. Es innecesario mencionar, a estas alturas, el desprestigio de la expresión “mundo libre”. Pero ¿por qué ley de la naturaleza Irán, con sus recursos, debe pertenecer a la zona de influencia occidental? Esta pretensión es sumamente reveladora de actitudes muy enraizadas en la política exterior.

Además de esta falta de respeto por la verdad, encontramos una descomunal ingenuidad real o fingida a propósito de las acciones norteamericanas, en declaraciones publicadas recientemente. Así, Arthur Schlesinger (según el *Times*, febrero 6 de 1966) caracterizaba nuestra política vietnamita en 1954 “como parte integrante de nuestro programa general de buena voluntad, en escala internacional”¹¹. A menos que sea intencionalmente irónico, este señalamiento demuestra o un cinismo colosal, o la ineptitud (en una escala que rebasa toda medida) para comprender los fenómenos más elementales de la historia contemporánea. De igual modo, ¿qué se puede pensar del testimonio de Thomas Schelling al declarar, ante la comisión de

¹¹ *United States Policy toward Asia*, audiencias de la subcomisión para el Extremo Oriente y el Pacífico de la comisión de relaciones exteriores de la Cámara de Representantes, US Government Printing Office, 1966.

relaciones exteriores de la Cámara de Representantes, el 27 de enero de 1965, que dos peligros amenazarían a los Estados Unidos si Asia “se convirtiera en comunista”. En primer lugar, “los Estados Unidos y lo que llamamos la civilización occidental, ‘serían excluidos’ de una gran parte del mundo pobre, de color y potencialmente hostil”. En segundo lugar, “un país como los Estados Unidos probablemente no puede mantener su confian-[37]za en sí mismo si la mayor empresa que nunca haya intentado —crear las bases para una vida próspera y decente y un modo de gobierno democrático en el mundo subdesarrollado— es considerada como un fracaso o como una tentativa que no intentaríamos de nuevo”¹². Es increíble que un hombre poseedor de un mínimo de conocimientos sobre la política exterior norteamericana pueda hacer tales afirmaciones.

Esto es increíble, a menos que se considere el problema desde un punto de vista más histórico y se ubiquen tales informaciones en el contexto del moralismo hipócrita del pasado; el de Woodrow Wilson, por ejemplo, que quería enseñar a los latinoamericanos el arte de gobernarse correctamente y que escribía (en 1902) que “nuestra [38] tarea específica” es enseñar a los pueblos coloniales “el orden y el autocontrol... la disciplina, el respeto a la ley y la obediencia...” Otro ejemplo: los misioneros de los años 1840, que veían en las horrorosas y

¹² *New York Times Book Review*, noviembre 20 de 1966. Tales comentarios recuerdan el episodio notable del presidente Kennedy cuando daba a Cheddi Jagan consejos sobre el peligro de iniciar relaciones comerciales “que sumieran a un país en la dependencia económica”. Kennedy se refería, se entiende, a los peligros de las relaciones comerciales con la Unión Soviética. Ver Schlesinger, *A Thousand Days*, pág. 776.

degradantes guerras del opio “un designio de la Providencia, que se propone utilizar la perversidad de los hombres para Sus fines misericordiosos, a fin de terminar con el aislamiento de China y colocarla en contacto más inmediato con las naciones occidentales y cristianas”. Para tomar un ejemplo más reciente podemos referirnos a A. A. Berle, quien, al comentar la intervención norteamericana en la República Dominicana tiene la impertinencia de atribuir los problemas del mundo del Caribe al imperialismo... *ruso*.

Henry Kissinger acaba de proporcionarnos un ejemplo muy significativo de falta de espíritu crítico con motivo del debate televisado Harvard–Oxford sobre la política norteamericana en Viet Nam. Kissinger declaró que el motivo de su mayor aflicción no era que otras naciones recusaran nuestros análisis políticos, sino que consideraran nuestra motivaciones como un objetivo de discusión. He aquí un comentario notable de un hombre cuyo oficio es el análisis político, es decir, el análisis de las motivaciones inexpresadas de los gobiernos. Nadie se sentiría desconcertado si un análisis de las políticas rusa, francesa o tanzaniana juzgara como materia discutible los motivos invocados por los gobiernos e interpretara sus acciones en función de intereses a largo plazo, ocultos por la retórica oficial. Pero es un artículo de fe la afirmación de que los motivos de los norteamericanos son puros y no pueden ser sometidos a análisis (ver nota 1). Aunque no es nada nuevo en la historia intelectual norteamericana — o, incluso, en la historia general de la apología imperialista—, esta inocencia se torna cada vez más disgustante en la medida en que el poder a que sirve se hace más dominante en los asuntos mundiales, y más capaz,

por tanto, de la irrestricta maldad que los medios masivos de comunicación nos muestran día a día. No somos la primera potencia en la historia que alía intereses materiales, grandes posibilidades tecnológicas, con un desdén extremo por los sufrimientos y la miseria de los débiles. Sin embargo, la larga tradición de ingenuidad y buena conciencia que desfigura nuestra historia intelectual debe servir de aviso al Tercer Mundo, si tal aviso es necesario, cuando se trata de juzgar el valor de nuestras declaraciones de sinceridad y buena intención.

Los que se interesan por el compromiso de los universitarios en la política, deben sopesar cuidadosamente los postulados de los hombres de la “nueva frontera”. A este respecto debo volver a las objeciones que opuso Arthur Schlesinger al ataque a la Bahía de Cochinos. Schlesinger no estaba en lo absoluto disgustado por la utilización de exilados para derrocar a Castro. Tal reacción hubiera sido simplemente de sentimentalismo, indigna de un espíritu realista y duro. Sus reservas eran motivadas sobre todo por las escasas oportunidades de éxito que tenía esta empresa. A sus ojos, la operación estaba mal concebida, aunque en otro orden no era condenable¹³. En el mismo sentido, Schlesinger cita con aprobación el análisis “realista” que hizo Kennedy después del asesinato de Trujillo: “Hay tres posibilidades, por [41] orden de preferencia: un régimen democrático decente, la continuación de de un régimen trujillista, o un régimen castrista. Debemos aspirar a la primera solución, pero no podemos desechar la segunda hasta que no estemos seguros de poder evitar la tercera” (pág. 769).

¹³ *A Thousand Days*, pág. 252.

La razón por la cual la tercera posibilidad resulta intolerable se explica algunas páginas después (pág. 774): “Un éxito comunista en América Latina propinaría un golpe muy duro al poder y a la influencia de los Estados Unidos”. Naturalmente, no estamos nunca seguros de poder evitar la tercera posibilidad, y así, en la práctica, nos decidiremos siempre por la segunda, como hacemos actualmente en Brasil y en Argentina, por ejemplo¹⁴.

Podemos igualmente examinar los puntos de vista “realistas” de Walt Rostow sobre la política norteamericana en Asia¹⁵. La base de esta política [42] es que “estamos abiertamente amenazados y nos sentimos amenazados por China comunista”. Probar que estamos amenazados no es necesario, evidentemente; el problema ni siquiera ha sido examinado. Basta que nos *sintamos* amenazados. Nuestra política debe fundamentarse en nuestra herencia nacional y en nuestros intereses nacionales. Nuestra herencia nacional se describe brevemente en los siguientes términos: “En el curso del siglo diecinueve, los norteamericanos podían consagrarse con buena conciencia a la extensión, tanto de sus principios como de su poder, sobre este continente”, utilizando “un poco elásticamente la doctrina Monroe”; para extender naturalmente “los intereses norteamericanos hasta Alaska y las Islas del Pacífico... Nuestra insistencia en la capitulación sin condiciones y la idea de la ocupación posbélica correspondían a las necesidades de la

¹⁴ Esto es aún demasiado impreciso. Hay que recordar el carácter real del régimen de Trujillo para apreciar el cinismo del análisis “realista” de Kennedy.

¹⁵ W. W. Rostow y R. W. Hatch, *An American Policy in Asia*, Technology Press and John Wiley, 1955.

seguridad norteamericana en Europa y Asia”. Hasta aquí lo que se refiere a la herencia. En cuanto a nuestros intereses, el problema es igualmente simple. Nuestro interés esencial es ver a las otras sociedades “desarrollar y reforzar en sus culturas respectivas los [43] elementos que elevan y protegen la dignidad del individuo contra el Estado”. Al mismo tiempo, debe enfrentar “la amenaza ideológica”, o más precisamente, “la posibilidad de que los comunistas chinos demuestren a los asiáticos, con el progreso de China, que los métodos comunistas son mejores y más rápidos que los métodos democráticos”. Nada se dice sobre los pueblos de cultura asiática, para los cuales “nuestra concepción de las relaciones más apropiadas entre el individuo y el Estado” no constituye el único valor importante; esos pueblos que, entre otras cosas, podrían tener el interés de preservar la “dignidad del individuo” contra las concentraciones capitalistas extranjeras o domésticas, o contra las estructuras semi feudales (como las dictaduras del tipo Trujillo) introducidas o mantenidas por las armas norteamericanas. Todo esto se sazona con alusiones a “nuestros sistemas de valores éticos y religiosos”, a nuestros “conceptos difusos y complejos”, “más difíciles de comprender” por el espíritu asiático que el dogma marxista, a causa precisamente de “su ausencia misma de dogmatismo”. [44]

Semejantes contribuciones intelectuales incitan a rectificar los señalamientos de De Gaulle en sus Memorias sobre “la voluntad de poderío norteamericano, disimulada tras el idealismo”. Ahora, esta voluntad de poderío no se presenta ya tan disimulada tras el idealismo, sino que aparece como bañada por la fatuidad. Los intelectuales

académicos norteamericanos han hecho su inapreciable contribución a este penoso cuadro.

Volvamos a la guerra de Viet Nam y a la actitud de los intelectuales norteamericanos. Un hecho sobresaliente de los recientes debates sobre la política en el sudeste asiático es la distinción establecida comúnmente entre las “críticas responsables”, por un lado y las críticas “sentimentales”, “afectivas” o “histéricas”, por otro. Hay mucho que aprender en un estudio cuidadoso de los términos empleados en esta distinción. Las “críticas históricas” se definen aparentemente por su rechazo irracional del axioma político fundamental que establece el derecho de los Estados Unidos a extender, en la medida de lo posible, su dominio y control sobre el mundo. La crítica “responsable” no considera discutible este [45] axioma, sino que trata de mostrar que no podemos realizarlo en este momento y lugar.

Irving Kristol parece pensar en una distinción de este tipo cuando analiza las protestas contra la política vietnamita de los Estados Unidos (*Encounter*, agosto de 1965). Opone críticos responsables como Walter Lippmann, el *Times* y el senador Fullbright, al *teach-in movement*. “Contrariamente a las protestas de las universidades”, señala, “el señor Lippmann no se aventura a hacer suposiciones presuntuosas sobre ‘lo que los vietnamitas desean verdaderamente’ (es muy obvia su escasa preocupación al respecto) o a hacer exégesis jurídicas sobre la ‘agresión’ o la ‘revolución’ en Viet Nam del Sur. Tiene un punto de vista de *Realpolitik* y sin dudas está dispuesto a considerar la posibilidad de una guerra nuclear contra China en circunstancias extremas”. Todo esto es loable y, para Kristol, contrasta favorablemente con los discurs-

sos “ideológicos y no razonables” de los participantes en los *teach-in*, que parecen movidos frecuentemente por absurdos, tales como “un imperialismo simple y virtuoso”, que “arenga sobre la estruc-[46]tura del poder” y llegan hasta utilizar “artículos e informaciones de la prensa extranjera sobre la presencia norteamericana en Viet Nam”. Estos participantes de lo *teach-in*, estos individuos sucios, son a menudo sicólogos, matemáticos, químicos o filósofos (igual que algunos que de vez en cuando protestan en la Unión Soviética: físicos, literatos y otros intelectuales alejados del poder), y no individuos con contactos en Washington, los cuales, naturalmente, se dan cuenta de que “se harían oír allí si tuvieran nuevas y buenas ideas sobre Viet Nam”.

No trato de saber si la definición de Kristol sobre los que protestan es exacta. Lo que me interesa son las razones de su definición. ¿Sería la pureza de las intenciones norteamericanas un tema situado por encima de toda discusión o sin importancia para la discusión? ¿Deben abandonarse las decisiones a los “expertos” que tienen contactos en Washington? Suponiendo que tuvieran los conocimientos y los principios necesarios para tomar la “mejor” decisión, ¿lo harían inevitablemente? Y la “pericia”, que es un problema preliminar, ¿es aplicable? [47] Es decir, ¿hay un cuerpo de teoría e información importante, fuera del dominio público, que pueda aplicarse al análisis de la política exterior, o que demuestre el carácter correcto de las acciones presentes de un modo que los sicólogos, los matemáticos, los químicos y los filósofos son incapaces de comprender? Aun cuando Kristol no examina esas preguntas directamente, su actividad implica en todo

caso malas respuestas. La agresividad norteamericana, incluso cuando se presenta escondida tras una piadosa retórica, es una fuerza dominante en los acontecimientos mundiales, y debe analizarse en sus causas y motivos. No hay cuerpos de teoría o información pertinentes que sobrepasen la comprensión del no iniciado y que inmunicen a la política contra las críticas. En la medida en que los “conocimientos de los expertos” se apliquen a los problemas del mundo, será totalmente legítimo —incluso, para cualquier persona íntegra, totalmente necesario— poner en tela de juicio sus cualidades y los fines que persiguen. Esto es demasiado evidente para exigir una discusión.

En un reciente número de *Foreign Affairs*, (enero de 1967), Mac-George [48] Bundy, corriendo la curiosa creencia de Kristol en la apertura del gobierno a un nuevo planteo sobre Viet Nam, observa que “en el proscenio, los argumentos se refieren a cuestiones de táctica, no a cuestiones de fondo”. Añade, sin embargo, que “entre bastidores hay hombres desencadenados en sus ataques”. Naturalmente, en el proscenio está el Presidente (que en su reciente viaje a Asia “reafirmó de modo magistral” nuestro interés “por el progreso de los pueblos de los países más allá del Pacífico”) y sus consejeros, que merecen “el apoyo comprensivo de todos los que desean circunspección” en nuestras acciones. A la cuenta de esos hombres hay que cargar el hecho de que los “bombardeos del Norte hayan sido los más precisos y los más limitados de la guerra moderna”, un cuidado que será apreciado por los habitantes o los antiguos habitantes de Nan Dinh, Phu Ly y Vinh. También son responsables de los hechos que reportaba Malcolm Browne en mayo de 1965: “En el sur, zonas muy extensas han sido

declaradas zonas de libre bombardeo: todo lo que se mueva en ellas es un objetivo lícito. Decenas de millares de toneladas de bombas, cohetes, napalm y obuses, se vierten cada semana sobre estas vastas regiones. Aunque sólo sea por las leyes del azar, se estima que las pérdidas humanas debidas a estos *raids* son elevadas.”

Felizmente para los países en vías de desarrollo, Bundy nos asegura que “la democracia norteamericana no muestra preferencia alguna, por el imperialismo”, y “consideradas en conjunto, las reservas norteamericanas de experiencia, comprensión, simpatía y conocimientos son las más impresionantes del mundo”. Es cierto que “las cuatro quintas partes de las inversiones extranjeras en el mundo son actualmente norteamericanas”, y que “los planes y los programas más envidiados no son mejores que sus nexos demostrables con los intereses norteamericanos”. También es cierto, según leemos en el mismo número de *Foreign Affairs*, que los planes para una acción armada contra Cuba fueron dispuestos algunas semanas después de que Mikoyán visitó La Habana, “invadiendo así lo que durante tanto tiempo había sido una esfera de influencia casi exclusivamente norteamericana”. Desgraciadamente, tales [50] hechos son confundidos en muchas ocasiones por intelectuales asiáticos mal dispuestos, con “preferencias por el imperialismo”. Por ejemplo, cierto número de hindúes han expresado su exasperación porque “hemos hecho todo lo que podíamos por atraer capital extranjero hacia la construcción de fábricas de fertilizantes pero las compañías privadas norteamericanas y occidentales saben que estamos sentados sobre un barril de pólvora y exigen condiciones muy duras que no podemos satisfacer” (*Christian*

Science Monitor, 26 de noviembre), a pesar de que “Washington insiste en que las operaciones se realicen en el sector privado con empresa privadas” (*Ibid.*, 5 de diciembre),¹⁶ Pero esta reacción, evidentemente, sólo revela una vez más que los espíritus asiáticos no pueden comprender “los conceptos complejos y difusos” del pensamiento occidental. [51]

Podría ser útil el estudio cuidadoso de “las nuevas, buenas ideas sobre Viet Nam”, que encuentran un “rápido e interesado eco” en Washington en este momento. Los folletos publicados por el gobierno son una fuente inagotable de informaciones sobre el nivel moral e intelectual de estas opiniones de expertos. En estas publicaciones se puede leer, por ejemplo, la intervención del profesor David N. Rowe, director de los *Graduate Studies in International Relations* de la Universidad de Yale, ante la comisión de relaciones exteriores de la Cámara de Representantes (ver nota 11). El profesor Rowe propone (pág. 266) que los Estados Unidos compren todos los excedentes de trigo canadiense y australiano para provocar el hambre en [52] China. He aquí sus propias palabras: “No piensen que hablo de esto como de

¹⁶ Las empresas privadas norteamericanas, naturalmente, tiene sus propias ideas sobre la manera de resolver los problemas de la India. El *Monitor* reporta que los empresarios norteamericanos no aceptan “importar equipos y máquinas hasta que la India se muestre capaz de satisfacer algunas de sus condiciones. Prefieren importar amoníaco líquido antes que utilizar la nafta indígena, que es abundante. Han tomado medidas restrictivas en materia de precios, distribución, beneficios y gestión de empresas”. Estados Unidos, utilizando cínicamente los sufrimientos y las dificultades de este país, se sirve de su poderío económico para imponer lo que el *New York Times* llama “deslizamiento (de la India) del socialismo al pragmatismo” (abril 28 de 1965).

un arma contra el pueblo chino. En efecto, será un arma. Pero sólo accidentalmente. El arma será contra el gobierno, puesto que la estabilidad interna de ese país no podrá ser mantenida por un gobierno inamistoso que se enfrenta a un hambre general”.

El profesor Rowe consideraría sin duda que comparar su proposición con la *Ostpolitik* hitleriana revelaría un moralismo sentimental completamente inapropiado¹⁷. No teme tampoco las repercusiones de tal política sobre las otras naciones asiáticas: Japón por ejemplo. Nos asegura, basándose en su “larga experiencia sobre problemas japoneses”, que “los japoneses forman [53] ante todo un pueblo que respeta el poder y la determinación”. Por consiguiente, “no se alarmarían mucho ante una política norteamericana de poder que pretenda, en Viet Nam, por ejemplo, dictar nuestra voluntad a los pueblos que se nos oponen”. Por el contrario, lo que desconcertaría a los japoneses sería “una política indecisa, una política de negativa a encarar los problemas (en China y Viet Nam) y resolver nuestras responsabilidades allí de un modo positivo”, como ya se ha citado. La convicción de que estábamos “renuentes a usar el poderío que ellos saben que tenemos” podría “alarmar muy intensamente al pueblo japonés y conmover el grado de sus amistosas relaciones con nosotros”. De hecho, el uso total del

¹⁷ Todavía hace falta recordar que en sus momentos de mayor salvajismo Alfred Rosenberg habló de eliminar treinta millones de eslavos, y no de imponer el hambre a la cuarta parte de la humanidad. Incidentalmente, la analogía trazada aquí es altamente “irresponsable”, en el sentido técnico de este neologismo discutido anteriormente. Esto es, está basada en el supuesto de que las declaraciones y las acciones de los norteamericanos están sujetas a las mismas escalas y abiertas a las mismas interpretaciones que las de cualquier otro.

poderío norteamericano sería particularmente reconfortante a los japoneses, porque han tenido una demostración “del tremendo poder de los Estados Unidos en acción... porque han sentido nuestro poder directamente”. Esta es seguramente una buena muestra del saludable “punto de vista de *Realpolitik*” que tanto admira Irving Kristol.

Pero, podemos preguntarnos, ¿por qué se restringe a medios tan indirectos [54] como el hambre masiva? ¿Por qué no llegar a los bombardeos? Esta es la pregunta que implícitamente se hace, ante la misma comisión, el reverendo padre R. J. de Jaegher, regente del *Institute of Far Eastern Studies* de la Universidad de Seton Hall: explica, en efecto, que los vietnamitas del Norte, como todo pueblo que haya vivido bajo el comunismo, “se sentirían completamente felices al ser bombardeados para su liberación” (pág. 345).

Seguramente hay ciudadanos que apoyan a los comunistas. Pero ésta es una cuestión realmente secundaria, nos dice en su intervención ante el mismo organismo el diputado Walter Robertson, que fue secretario adjunto de Estado para los problemas del Extremo Oriente, desde 1953 hasta 1959. Nos asegura, en efecto, que “el régimen de Pekín representa menos del 3 % de la población” (pág. 402).

Según este cálculo, los dirigentes chinos lo pasan todavía relativamente bien, en comparación con los líderes del Vietcong, pues según Arthur Goldberg (*The New York Times*, febrero 6 de 1966), los dirigentes del FNL “ni representan sino la mitad del uno por ciento de la población de Viet Nam [55] del Sur”, es decir, la mitad del número de nuevos reclutas del Vietcong provenientes del Sur, en 1965, si creemos

en las estadísticas del Pentágono¹⁸.

Ante tales expertos, los hombres de ciencia y los filósofos de que habla Kristol harían bien en continuar trazando círculos en la arena.

Después de mostrar el carácter irrealista del movimiento de protesta, Kristol se pregunta cuál es el motivo de este movimiento: ¿qué puede impulsar a los estudiantes y a los jóvenes docentes hacia la “izquierda” en un país tan próspero, dotado de su gobierno liberal del tipo *Welfare State*? Esto, señala, “es un enigma al que ningún sociólogo ha dado respuesta”. Como estos jóvenes acomodados tienen buenas perspectivas para su porvenir, [56] etc., su protesta debe ser irracional. Debe ser el resultado del vacío, de una seguridad demasiado grande o de algo por el estilo.

Sin embargo, otras posibilidades acuden a nuestra mente. Podría suceder, por ejemplo, que los estudiantes y los jóvenes docentes, como hombres honestos, trataran de descubrir la realidad por sí mismos antes que dejar esta tarea a los “expertos” o al gobierno: que hayan reaccionado con indignación a causa de lo que han descubierto. Kristol no rechaza estas posibilidades. Son simplemente impensables, indignas, incluso, de examen. Para precisar más: estas posibilidades son inexpresables, puesto que las categorías en las que se formulan (hones-

¹⁸ *The New York Times*, febrero 6 de 1966. Goldberg dice también que Estados Unidos no está seguro de que todos sean miembros voluntarios. Un ejemplo de este tipo de duplicidad comunista fue proporcionado en 1962: según las fuentes del gobierno norteamericano, quince mil guerrillas perdieron, ese año, treinta mil hombres. Ver Arthur Schlesinger, *A Thousand Days*, pág. 982.

tividad, indignación) sencillamente no existen para el realista especialista en ciencias sociales.

A través de esta denigración implícita de valores intelectuales, Kristol refleja actitudes muy extendidas en los medios universitarios. No dudo que estas actitudes sean, en parte, el resultado de una tentativa desesperada de las ciencias sociales y de las ciencias del comportamiento por imitar los ras-[57]gos superficiales de otras ciencias. Cada uno puede sentir moralmente que le conciernen los problemas y los derechos del hombre, pero únicamente un profesor o un experto calificado puede resolver problemas técnicos a través de métodos “apropiados”. Por lo tanto, solamente estos últimos problemas son importantes o reales. Los expertos responsables, ideológicamente neutros, solitarios, darán una opinión sobre los problemas de táctica, mientras que los “ideólogos” irresponsables pronunciarán “arengas” sobre los principios y se inquietarán por cuestiones morales, por los derechos del hombre, por los problemas tradicionales del hombre y la sociedad, cosas que “las ciencias de la sociedad y del comportamiento” no pueden abordar, si no es a través de lugares comunes. Evidentemente, estos tipos emocionales, ideológicos, son irracionales porque, estando bien de situación y con el poder en las manos, no deberían preocuparse por tales asuntos.

Esta actitud seudocientífica parece revelar en ocasiones cierta patología mental. Tomemos el fenómeno Herman Kahn, por ejemplo. A Kahn, al mismo tiempo, lo denunciaron como [58] inmoral y lo alabaron por su valentía. Su libro *Sobre la guerra termonuclear* fue descrito

por gente que debe saber lo que dice como “una de las más grandes obras de nuestro tiempo” (Stuart Hughes). En realidad es una de las obras más vacías de nuestro tiempo, como podemos observar si le aplicamos las reglas intelectuales de cualquier disciplina existente, al relacionar varias de sus “conclusiones bien documentadas” con las “investigaciones objetivas” de las que se derivan, o si seguimos su argumentación, cuando ésta está al descubierto. Kahn no propone teorías ni explicaciones ni confrontaciones de hechos susceptibles de ser verificados por sus consecuencias, como sucede en las ciencias a las que Kahn trata de imitar. Éste sugiere, sencillamente, una terminología y provee una fachada de racionalidad. Cuando extrae conclusiones políticas particulares, se limita a afirmaciones *ex cathedra* (“el nivel de los gastos para la defensa civil debe estar ligeramente por debajo de los cinco mil millones de dólares cada año, para no provocar a los rusos”. ¿Y por qué no cincuenta mil millones o cinco dólares?). Lo que es más, Kahn, está to-[59]talmente conciente de esta vaciedad. En sus momentos de mayor lucidez afirma “que no hay razón para creer que los más complicados modelos son más engañosos que los modelos y analogías más simples”. Para los que tienden a un humor macabro, es fácil jugar al “pensamiento estratégico” a lo Kahn, y probar lo que uno quiere. Por ejemplo, una de las suposiciones básicas de Kahn es que:

un ataque sorpresivo total en el que todos los recursos se destinaran a los blancos de contrataques sería tan irracional que, excluyendo una increíble falta de sofisticación o la locura de los dirigentes soviéticos, resulta altamente improbable.

Un argumento sencillo prueba lo contrario. *Premisa 1*: los dirigentes norteamericanos piensan según las líneas expuestas por Herman Kahn. *Premisa 2*: Kahn piensa que sería mejor para todos ser rojos que estar muertos. *Premisa 3*: si los norteamericanos respondieran a un ataque de ese tipo todos moriríamos. *Conclusión*: los norteamericanos no responderían a un ataque tal, y por tanto, debe ser llevado a cabo inmediatamente. Claro, uno puede llevarlo todavía más allá. [60] *Realidad*: los rusos no han efectuado un ataque así. Se desprende, pues, que no son racionales. Si no son racionales, no tiene sentido el “pensamiento estratégico”. Por tanto...

Por supuesto que éstas son boberías, pero boberías que difieren de las de Kahn sólo en que el argumento es algo más complejo que cualquiera de los de su obra. Lo notable es que personas serias le prestan realmente atención a estos absurdos, sin duda por la fachada sesuda y pseudocientífica.

Es un hecho curioso y deprimente el de que el movimiento antibélico cae demasiado a menudo víctima de confusiones semejantes. En el otoño de 1965, por ejemplo, hubo una Conferencia Internacional sobre las Posibles Perspectivas en Viet Nam, que hizo circular un panfleto entre los posibles participantes declarando sus suposiciones. El plan era crear grupos de estudio en los que estuvieran representados tres “tipos de la tradición intelectual”: 1) especialista por campos; 2) “teoría social, con especial énfasis en las teorías del sistema internacional, del cambio social y el desarrollo, de los conflictos y de su resolución o de la revolución”; 3) “el análisis de [61] la política pública en términos de los valores humanos básicos, enraizados en varias

tradiciones teológicas, filosóficas y humanistas”. La segunda tradición intelectual proveerá “proposiciones generales, derivadas de la teoría social y probadas con datos históricos, comparativos y experimentales”; la tercera “proveerá el marco del que se podrán extraer las cuestiones de valor fundamental, en cuyos términos pueden analizarse las implicaciones morales de las acciones de la sociedad”. Se esperaba que “abordando las cuestiones (de la política vietnamita) desde las perspectivas morales de todas las grandes religiones y sistemas filosóficos, encontraríamos soluciones más consecuentes con los valores humanos fundamentales que lo que la actual política norteamericana en Viet Nam ha demostrado ser”.

En resumen, los expertos en valores (es decir, voceros de las grandes religiones y sistemas filosóficos) proveerán las visiones fundamentales sobre las perspectivas morales, y los expertos en teoría social, proposiciones generales empíricamente válidas y “modelos generales de conflicto”. De este rejuego, emergerán las nuevas políticas, presumiblemente de la aplicación de los cánones del método científico. El único aspecto discutible, me parece, es qué es más ridículo, si dirigirse a expertos en teoría social para proposiciones generales bien confirmadas o a los especialistas en las grandes religiones y los sistemas filosóficos para puntos de vista en los valores humanos fundamentales.

Mucho más podría decirse sobre esto, pero, sin continuar, quisiera enfatizar sencillamente que, como es sin duda obvio, el culto a los expertos es autoservicial, para los que lo proponen, y fraudulento. Evidentemente, debe aprenderse lo que se pueda de las ciencias

sociales y del comportamiento; evidentemente, estos campos deben ser transitados tan seriamente como sea posible. Pero sería muy desafortunado, y altamente peligroso, si no se les acepta y juzga por sus méritos y sus reales, y no pretendidas, conquistas. En particular, si hay un cuerpo de teorías, comprobado y verificado, que se aplique a la conducción de los asuntos exteriores o a la resolución de los conflictos internos y externos, su existencia es un secreto muy bien conservado. En el caso de Viet Nam, [63] si los que se consideran a sí mismos expertos tienen acceso a principios o a información que justifique lo que el gobierno norteamericano está haciendo en ese desdichado país, han sido singularmente ineficaces en darlo a conocer. Para cualquiera familiarizado con las ciencias sociales y del comportamiento (o las “ciencias políticas”), el alegato de que hay ciertas consideraciones y principios demasiado profundos para que un no iniciado los comprenda es simplemente un absurdo que no necesita comentario.

Cuando consideramos la responsabilidad de los intelectuales, nuestra preocupación básica debe ser su papel en la creación y el análisis de la ideología. Y, en verdad, el contraste de Kristol entre los tipos ideológicos irracionales y los expertos responsables está formulado en términos que inmediatamente hacen recordar el interesante e influyente *El fin de la ideología*, de Daniel Bell, un ensayo tan importante por lo que no dice como por su real contenido¹⁹. Bell presenta y

¹⁹ Reimpreso en una colección de ensayos, *The End of Ideology: on the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties*, Free Press, 1960. No tengo intención aquí de [64] entrar en toda la gama de aspectos abordados en la discusión del “fin de la ideología”, en los últimos doce años. Es difícil ver cómo una persona racional podría discrepar de muchas de las tesis expuestas, por ejemplo, que en un cierto momento histórico de la

dis-[64]cute el análisis marxista de la ideología como una máscara al interés de clase, citando la tan conocida descripción de Marx de la creencia de la burguesía en “que las condiciones *especiales* de su emancipación son las condiciones *generales* por las que únicamente la sociedad moderna puede salvarse y la lucha de clases ser evitada”. Entonces arguye que la era de la ideo-[65]logía ha terminado, suplantada, al menos en Occidente, por un acuerdo general de que cada punto debe arreglarse en sus propios términos, dentro del marco de un Estado de Bienestar en el que, presumiblemente, los expertos en la conducción de los asuntos públicos tendrán un papel prominente. Sin embargo, Bell se cuida muy bien de caracterizar el exacto sentido de la “ideología” en el cual “las ideologías están agotadas”. Se refiere sólo a la ideología como “la conversión de las ideas en palancas sociales”, a la ideología como “un conjunto de creencias, inculcadas con pasión... (que) buscan transformar toda una manera de vivir”. Las palabras cruciales son “transformar” y “convertir en palancas sociales”. Los intelectuales de Occidente, dice, han perdido el interés de convertir las ideas en palancas sociales para la transformación radical de la sociedad. Ahora que hemos llegado a la sociedad plural del Estado de

“política de la civilidad es apropiada y tal vez eficaz; que el que abogue por la acción (o la inacción) tiene la responsabilidad de tasar su costo social”; que el fanatismo dogmático y “las religiones seculares” deben ser combatidos (y si es posible, ignorados); que deben solucionarse técnicamente los problemas, en lo posible, que “el dogmatismo ideológico debe desaparecer para que las ideas recobren vida” (Aron), etcétera. Como esto se toma a veces por una posición “antimarxista”, es bueno recordar que sentimientos como éstos no tienen relación con el marxismo no bolchevique, representado, por ejemplo, por figuras como la Luxemburgo, Pannekoek, Korsch, Arthur Rosenberg, y otros.

Bienestar, no ven mayor necesidad de transformar la sociedad radicalmente; podemos chapistear nuestro modo de vida aquí y allá, pero sería erróneo tratar de modificarlo de cualquier modo significativo. Con este consenti-[66]miento de los intelectuales, la ideología está muerta.

Hay varios hechos llamativos en el ensayo de Bell. Primero, no señala hasta qué punto este consentimiento de los intelectuales les sirve a sí mismos. No relaciona su observación de que los intelectuales han perdido interés en “transformar toda una manera de vivir” con el hecho de que desempeñan un papel cada vez más prominente en dirigir el Estado de Bienestar; no relaciona su satisfacción general con el Estado de Bienestar con el hecho de que, como señala en otro lugar, “los Estados Unidos se han convertido en una sociedad próspera, que ofrece sitio... y prestigio... a los radicales de antaño”. Segundo, no ofrece ningún argumento serio para mostrar que los intelectuales tiene “razón” o están “objetivamente justificados” de algún modo para llegar al consentimiento a que alude, con su rechazo de la noción de que la sociedad debe ser transformada. Es más, aunque Bell es bastante agudo acerca de la vacía retórica de la “nueva izquierda”, parece tener una fe bastante utópica en que los expertos técnicos podrán vérselas con los pocos problemas que aún [67] quedan; por ejemplo, el hecho de que el trabajo es tratado como una mercancía, y los problemas de la “alienación”.

Parece bastante obvio que los problemas clásicos aún permanecen; incluso podría decirse con razón que han aumentado en severidad y tamaño. Por ejemplo, la clásica paradoja de la pobreza en medio de la

abundancia es ahora un problema en continuo crecimiento en escala internacional. Si bien uno podría concebir, al menos en principio, una solución racional, una idea sensata para transformar la sociedad internacional a fin de que pueda cubrir la vasta y tal vez ascendente miseria humana, es difícilmente desarrollable dentro de los marcos de consentimiento intelectual que Bell describe.

Así, parecería natural describir el consentimiento de los intelectuales de Bell en términos algo diferentes de los suyos. Empleando la terminología de la primera parte de su ensayo, podríamos decir que el técnico del Estado de Bienestar halla justificación para su estatus social especial y prominente en su “ciencia”, específicamente en la pretensión de que la ciencia social [68] puede apoyar una tecnología de remiendo social en escala doméstica o internacional. Da, entonces, un paso más y le adscribe de modo familiar una validez universal a lo que es en realidad un interés de clases: arguye que las condiciones especiales en que se basa su reclamo al poder y la autoridad son, en realidad, las únicas condiciones generales que pueden salvar a la sociedad moderna; que las reparaciones sociales dentro de los marcos del Estado de Bienestar deben remplazar al compromiso con las “ideologías totales” del pasado, ideologías preocupadas por la transformación de la sociedad. Habiendo hallado su posición de poder, habiendo logrado seguridad y prosperidad, no tiene ya necesidad de ideologías que busquen un cambio radical. El erudito-experto remplaza al “intelectual flotante” que “creía que se rendía honor a los valores erróneos, y rechazaba la sociedad”, y que ha perdido ahora su papel político (esto es, ahora que se rinde honor a los valores correctos).

Es concebiblemente correcto que los expertos técnicos que dirijan (o esperan dirigir) la “sociedad industrial” sean capaces de afrontar los problemas [69] clásicos sin una transformación radical de la sociedad. Es concebiblemente cierto que la burguesía tuvo razón al considerar las condiciones especiales de su emancipación como las únicas condiciones generales que podrían salvar a la sociedad moderna. En cualquier caso, se espera un argumento, y se justifica el escepticismo si no aparece ninguno.

Dentro del mismo marco de utopismo general, Bell plantea el asunto entre los eruditos–expertos del Estado de Bienestar y los ideólogos del Tercer Mundo de un modo bastante curioso. Señala, correctamente, que no se trata de comunismo, habiendo sido el contenido de esa doctrina “olvidado hace mucho, tanto por amigos como por enemigos”. Más bien, dice,

la cuestión es más vieja: si las nuevas sociedades pueden crecer mediante la construcción de instituciones democráticas y permitiendo al pueblo escoger —y sacrificarse— voluntariamente, o si las nuevas élites, porfiadas con el poder, impondrán medios totalitarios para transformar sus sociedades. [70]

La cuestión es interesante. Es raro que se refiera a ella como “más vieja”. Con seguridad, no puede estar sugiriendo que Occidente escogió la vía democrática —por ejemplo, que en Inglaterra durante la revolución industrial, los granjeros escogieron voluntariamente dejar la tierra, abandonar la industria hogareña, convertirse en proletariado industrial, y que decidieron voluntariamente, dentro del marco de las

instituciones democráticas existentes, hacer los sacrificios gráficamente descritos en la literatura clásica sobre la sociedad industrial decimonónica. Puede discutirse si el control autoritario es necesario para permitir la acumulación del capital en el mundo subdesarrollado, pero el modelo occidental de desarrollo nos puede servir a duras penas de orgullo. Tal vez no sea sorprendente encontrar a Walt Rostow refiriéndose a “los procesos más humanos (de industrialización) que los valores occidentales sugieren” (*An American Policy in Asia*). Los que tengan un interés serio en los problemas de los países atrasados, y en el papel que las sociedades industriales avanzadas podrían, en principio, desempeñar en el desarrollo y la modernización, deben [71] tener un poco más de cuidado al interpretar la significación de la experiencia occidental.

Volviendo a la cuestión pertinente de si “las nuevas sociedades pueden crecer mediante la construcción de instituciones democráticas” o sólo por medios totalitarios, creo que ella requiere honestamente que reconozcamos que esta cuestión debe dirigirse más hacia los intelectuales norteamericanos que a los ideólogos del Tercer Mundo. Los países atrasados tienen problemas increíbles, quizás insalvables, y pocas opciones a mano; los Estados Unidos tienen un amplio margen de opciones, y los recursos económicos y tecnológicos, aunque no evidentemente los recursos morales o intelectuales, para confrontar al menos algunos de estos problemas. Es fácil para un intelectual norteamericano hacer discursos sobre las virtudes de la libertad, pero si está realmente preocupado por el totalitarismo chino o las cargas impuestas “en el campesinado chino por la industrialización forzada, entonces

debería encarar una tarea infinitamente más importante y retadora —la de crear, en los Estados Unidos, el clima intelectual y moral, [72] así como las condiciones sociales y económicas, que le permitieran a este país participar en la modernización y el desarrollo de un modo adecuado a su bienestar material y su capacidad técnica. Grandes donaciones de capital a Cuba y China podrían no tener éxito en aliviar el autoritarismo y el terror que tiende a acompañar las primeras etapas de la acumulación de capital, pero estarían mucho más cerca de conseguirlo que mediante conferencias sobre los valores democráticos. Es posible que incluso sin el “cerco capitalista” en sus variadas manifestaciones, los elementos realmente democráticos en los movimientos revolucionarios —en algunas instancias, soviéticos y colectivos— podrían ser minados por una “élite” de burócratas e intelectualidad técnica. Pero casi seguro que el cerco capitalista por sí mismo, que todos los movimientos revolucionarios tienen que enfrentar ahora, garantizaría este resultado. La lección, para los interesados en fortalecer los elementos democráticos, espontáneos y populares en las sociedades en desarrollo, es bastante clara. Conferencias sobre el sistema bipartidista, o incluso sobre los valores democráticos realmente [73]mente sustanciales logrados por la sociedad occidental, son una monstruosa nimiedad, dado el esfuerzo requerido para elevar el nivel de la cultura en la sociedad occidental hasta un punto en que pueda suministrar una “palanca social” para el desarrollo económico y el desarrollo de verdaderas instituciones democráticas en el Tercer Mundo —y, también, entre nosotros.

Puede defenderse muy bien la conclusión de que hay ciertamente una especie de consentimiento entre los intelectuales que ya han alcanzado el poder y la prosperidad, o que sienten que los alcanzarán “aceptando la sociedad” tal como es y promoviendo los valores que están “siendo honrados” en esta sociedad. Es asimismo cierto que este consentimiento es más notable entre los eruditos–expertos que están sustituyendo a los intelectuales flotantes del pasado. En la universidad, aquéllos construyen una “tecnología libre de valores” para la solución de los problemas técnicos que surgen en la sociedad contemporánea²⁰, dan-[74]do un “paso responsable” hacia estos problemas, en el sentido ya anotado. Este consentimiento entre los eruditos–expertos responsables es el equivalente doméstico al propuesto, internacionalmente, por los que justifican la aplicación del poderío norteamericano en Asia, no importa a qué costo humano, sobre la base de que es necesaria para contener la “expansión de China” (una “expansión”, estamos seguros, hipotética por el momento)²¹ —es decir, [75] traduciendo del Nuevo

²⁰ La medida en que esta “tecnología” está libre de valores no es muy importante, dados los compromisos tan claros de los que la aplican. Los problemas que atañen [74] a la investigación son los planteados por el Pentágono o las grandes corporaciones, no, digamos, por los revolucionarios del nordeste brasileño o por el SNCC. Tampoco tengo ninguna noticia de algún proyecto investigativo acerca de cómo las guerrillas pobremente armadas podrían resistir más eficazmente ante una tecnología militar brutal y devastadora —sin duda la clase de problema que hubiera interesado al intelectual flotante que está ahora irremediabilmente anticuado.

²¹ En vista de la incesante propaganda acerca de la “expansión china”, tal vez se impone un comentario. Es típica de la propaganda norteamericana sobre este punto la declaración de Adlai Stevenson, poco antes de su muerte (ver *The New York Times Magazine*, marzo 13, 1966): “Hasta ahora, la nueva “dinastía” comunista ha sido muy

Léxico del Departamento de Estado, sobre las bases de que es esencial para rechazar las revoluciones nacionalistas asiáticas o, al menos, para evitar que se extiendan. La analogía es clara cuando miramos el modo en que se formula esta propo-[76]sición. Con su lucidez habitual, Churchill esbozó la posición general en un comentario hecho a su colega de entonces, José Stalin, en Teherán en 1943: [77]

agresiva. Se tragó el Tibet, atacó la India; los malayos tuvieron que luchar [75] 12 años para resistir una “liberación nacional” que podían recibir de los ingleses por un camino más pacífico. Hoy, este aparato de infiltración y agresión está trabajando ya al norte de Tailandia”.

En lo referente a Malaya, Stevenson confunde probablemente chinos étnicos con el gobierno de China. Los interesados en los sucesos reales asentarían con Harry Miller (en *Communist Menace in Malaya*, Praeger, 1954) que “China comunista continúa mostrando poco interés en el caso malayo más allá de sus usuales descargas vía Radio Pekín...” Hay varias cosas duras que podrían decirse acerca de la conducta china en lo que el Tratado Chino-Hindú de 1954 llama “la región tibetana de China”, pero no es una prueba mayor de una tendencia expansionista de lo que es la conducta del gobierno hindú con respecto a las tribus Naga y Mizo. En lo referente al norte de Tailandia, “el aparato de infiltración” puede muy bien estar trabajando, aunque hay pocas razones para suponer que sea chino —y seguramente está relacionado al uso norteamericano de Tailandia como base de ataque a Viet [76] Nam. Esta referencia es de la más pura hipocresía.

El “ataque a India” surgió de una disputa fronteriza comenzada varios años después de que los chinos completaron una ruta del Tibet a Sinkiang en un área tan alejada del control hindú que los hindúes conocieron la operación sólo por la prensa china. De acuerdo con los mapas de la fuerza aérea norteamericana, el área en litigio está en territorio chino. Ver Alastair Lamb, *China Quarterly*, julio-setiembre 1965. Para esta distinguida autoridad, “parece improbable que los chinos hayan estado tramando algún plan maestro... para apoderarse del superpoblado subcontinente hindú”. Más bien, cree probable que los chinos no se dieran cuenta que la India reclamaba el territorio por

El gobierno del mundo debe confiarse a naciones satisfechas, que no deseen más de lo que tienen. Si el gobierno mundial estuviera en manos de naciones hambrientas, habría peligro. Pero ninguno de nosotros tenía motivos para buscar nada más... Nuestro poder nos situaba sobre los demás. Éramos como los ricos, residiendo en paz en sus habitaciones.

Para traducir la retórica bíblica de Churchill a la jerga de la ciencia social contemporánea, podríamos recurrir al testimonio de Charles Wolf, economista decano de la Corporación Rand, ante las audiencias del comité congressional ya citadas:

Dudo que los temores de China de un cerco vayan a eliminarse, aliviarse o distenderse en un futuro a largo plazo. Pero espero que lo que hagamos en el sudeste asiático ayude a desarrollar en la política china más un realismo y una disposición a vivir con este miedo que una tendencia a apoyar los movimientos de liberación, que dependen, como se sabe, de mucho más que la

donde pasaba la carretera. Después de la victoria militar china, las tropas chinas fueron retiradas, en muchas áreas, más allá de la línea McMahon, frontera que los ingleses trataron de imponerle a China en 1914 pero que nunca fue reconocida por ésta (nacionalista o comunista), los Estados Unidos ni ningún otro gobierno. Es asombroso que una persona de una posición responsable pudiera definir esto como expansionismo chino. En realidad es absurdo discutir la hipotética agresividad de una China rodeada de proyectiles norteamericanos y de una expansiva red de bases militares respaldada por una enorme fuerza expedicionaria norteamericana en el sudeste asiático. Es concebible que en el futuro una China poderosa podría ser expansionista. Podemos especular acerca de tales posibilidades si queremos, pero el hecho central de la actual política es la agresividad norteamericana.

ayuda exterior... la cuestión operacional para la política exterior norteamericana no es si ese temor puede ser eliminado o sustancialmente aliviado, sino si China puede ser encarada con una estructura de incentivos, de castigos y recompensas, de móviles que la dispusieran a vivir con este temor.

Este punto fue más clarificado por Thomas Shelling: “Existe una experiencia creciente, de la que los chinos pueden beneficiarse, de que aunque los Estados Unidos pueden estar interesados en cercarlos, y pueden estar interesados en defender de ellos las áreas cercanas, están, sin embargo, preparados a portarse pacíficamente si ellos lo están”.

En resumen, estamos preparados a vivir pacíficamente en nuestras —más [79] bien extensivas— habitaciones. Y muy naturalmente, nos ofenden los ruidos indignos de los predios de la servidumbre. Si, digamos, un movimiento revolucionario de base campesina trata de lograr su independencia de los poderes extranjeros y de las estructuras domésticas que éstos apoyan, o si los chinos se niegan irracionalmente a responder con propiedad al inventario de obligaciones que les hemos preparado —si se niegan a ser cercados por los benignos y pacífico “ricos” que controlan los territorios fronterizos por derecho natural—, entonces, obviamente, debe responderse a esta beligerancia con una fuerza apropiada.

Es esta mentalidad la que explica la franqueza con que el gobierno de los Estados Unidos y sus apologistas académicos defienden la negativa norteamericana a permitir un arreglo político en Viet Nam a un nivel local, un arreglo basado en la presente distribución de las

fuerzas políticas. Incluso expertos gubernamentales admiten libremente que el FNL es el único “partido político sudvietnamita con una base realmente masiva”²², que el [80] FNL ha hecho “un esfuerzo conciente y

²² Douglas Pike, *op. cit.*, pág. 110. Este libro, escrito por un funcionario del servicio exterior empleado en el Centro de Estudios Internacionales, MIT., plantea un contraste entre nuestro lado, que simpatiza con “las habituales revueltas revolucionarias... en el mundo porque reflejan niveles de vida inadecuados o gobiernos opresivos y corruptos”, y los defensores de “la guerra revolucionaria de guerrillas”, que “se opone a las aspiraciones del pueblo fingiendo defenderlas, manipula al individuo persuadiéndolo de que se manipula a sí mismo”. La guerra revolucionaria de guerrillas es “un producto importado, revolución desde afuera” (otros ejemplos, además del Vietcong, son “las exportaciones de Stalin de la revolución armada”, el Haganah en Palestina y el ejército republicano irlandés —págs. 32-33). El Vietcong no podía ser un movimiento indígena porque tenía “un programa de construcción social de tal visión y meta y que tenía que haber sido creado en Hanoi” (pág. 76 —pero en las págs. 77-79 leemos que “la actividad organizativa había avanzado intensamente y de modo sistemático por varios años” antes de que el partido Lao Dong de Hanoi hubiera decidido “empezar a constituir una organización”). En la página 80 en-[81]contramos que “tal esfuerzo tenía que ser hijo del norte”, aunque en otras partes leemos acerca del papel prominente del Cao Dai (pág. 74), “el primer grupo social grande que comenzó a oponerse activamente al gobierno de Diem” (pág. 222), y de la secta Hoa Hao, “otro temprano y gran participante en el FNL” (pág. 69). Toma como prueba de la duplicidad comunista el que en el sur el partido insistió en que era “marxista-leninista”, así “indicando su filiación filosófica pero no política”, mientras que en el norte se autotitulaba “una organización marxista-leninista”, así “indicando que estaba en medio de la corriente del movimiento comunista mundial” (pág. 150). Y así. Revelador es también el desprecio por “la Cenicienta y todos los otros tontos (que) pueden aún creer que se producirá la magia en el mundo maduro si uno musita la clave secreta: solidaridad, unión, concordia”; por la “gente crédula y mal guiada” que están “haciendo del país un manicomio, derrocando un gobierno saigónés tras otro, confundiendo a los norteamericanos”; por la “poderosa fuerza del pueblo”, que en su impensada inocencia pensó que “los humildes, al fin,

masivo por extender su participación política, incluso si era manejada, en el nivel local para involucrar al pueblo en una revolución autorregida y autoapoyada” (pág. 374); y que este [81] esfuerzo había tenido tanto éxito que ningún grupo político, “con la posible excepción de los budistas, se consideraba suficiente en tamaño y poder para arriesgarse a entrar en una coalición, temerosos de que si lo hicieran [82] la ballena se tragaría al pececito” (pág. 362). Además, que hasta la introducción de la aplastante fuerza norteamericana, el FNL había insistido en que la lucha “debería llevarse en el nivel político y que el uso de la fuerza militar masiva era en sí misma ilegítima... El campo de batalla debía ser la mente y la lealtad de los campesinos vietnamitas, las armas eran las ideas” (págs. 91-92; ver también págs. 93, 99-108, 155 y ss.); y, correspondientemente, que hasta mediados de 1964, la ayuda de Hanoi “estaba mayormente limitada a dos áreas —los conocimientos doctrinales y personal dirigente” (pág. 321). Documentos capturados al FNL contrastan “la superioridad militar” del enemigo con su propia “superioridad política” (pág. 106), confirmando así totalmente el análisis de los voceros militares norteamericanos que definen nuestro problema en términos de cómo, “con una fuerza armada considerable pero poco poder [83] político, contener a un adversario que tiene una fuerza política enorme pero una fuerza militar modesta”²³.

here-[82]darían la tierra”, que “la riqueza sería suya y todo en nombre de la justicia y la virtud”. Puede apreciarse la mortificación con que un sofisticado científico político occidental debe ver este triste y aterrador espectáculo.

²³ Lacouture, *op. cit.*, pág. 188. El mismo vocero militar continúa diciendo, ominosamente, que éste es el problema que afrontamos en Asia, África y América Latina, y que debemos hallarle la “respuesta adecuada”.

De modo semejante, la más asombrosa conclusión de la conferencia de Honolulu en febrero y la de Manila en octubre fue la franca admisión de parte de altos funcionarios del gobierno de Saigón de que “no podrían sobrevivir a un ‘arreglo pacífico’ que dejara intocada la estructura *política* del Vietcong aun cuando sus unidades guerrilleras fueran disueltas”, de que “no son capaces de competir *políticamente* con los comunistas vietnamitas” (Charles Mohr, *New York Times*, febrero 11, 1966. Subrayados míos). Así, continúa Mohr, los vietnamitas reclaman un “programa de pacificación” que tenga en “su esencia... la destrucción de la estructura política clandestina del Vietcong y la creación de un férreo sistema de control político gubernamental sobre la población”. Y de Manila, el mismo corresponsal, el 23 de octubre, cita a un alto funcionario sudvietnamita:

Francamente, no somos lo bastante fuertes ahora para competir con los comunistas sobre una base puramente política. Ellos son organizados y disciplinados. Los nacionalistas no comunistas no lo son —no tenemos partidos políticos grandes, y bien organizados y aún no tenemos unidad. No podemos dejar que el Vietcong exista.

Los funcionarios en Washington entienden muy bien esta situación. Así, el secretario Rusk ha señalado que “si el Vietcong viene a la mesa de conferencias con derechos igualitarios, habrá, en cierto sentido, obtenido un triunfo en las metas que Viet Nam del Sur y Estados Unidos han prometido evitar” (enero 28, 1966). Max Frankel reportó desde Washington en el *Times* el 18 de febrero de 1966 que:

Un compromiso no ha sido atractivo aquí porque el gobierno llegó a la conclusión hace tiempo de que las fuerzas no comunistas de Viet Nam del Sur no podrían sobrevivir por mucho tiempo en una coalición saigonesa con los comunistas. Es por esa razón —y no por un sentido [85] protocolar excesivamente rígido— que Washington ha rehusado firmemente entrar en tratos con el Vietcong o reconocerlo como una fuerza política independiente.

En resumen, nosotros —magnánimamente— permitiremos que representantes del Vietcong asistan a las negociaciones sólo si acuerdan identificarse como agentes de un poder extranjero y pierden así el derecho a participar en un gobierno de coalición, un derecho que han estado reclamando por seis años. Sabemos muy bien que en cualquier coalición representativa, los delegados que escogiéramos no durarían ni un día sin el apoyo de las armas norteamericanas. Por tanto, debemos aumentar la fuerza norteamericana y rechazar negociaciones significativas hasta el día en que un gobierno ahijado pueda ejercer tanto el control militar como el político sobre su propia población —un día que tal vez no llegue, pues como ha señalado William Bundy, no podríamos confiar en la seguridad de un sudeste asiático “del que la presencia occidental fuera efectivamente retirada”. De ese modo, si fuéramos a negociar “en la dirección de soluciones clasificables de neutrali-[86]zación”, esto vendría a ser como capitular ante los comunistas²⁴. De acuerdo a este razonamiento, Viet Nam debe permanecer,

²⁴ William Bundy, en A. Buchan editor, *China and the Peace of Asia*, Preager, 1965.

entonces, como una base militar norteamericana permanente.

Todo esto es, por supuesto, razonable en la medida en que aceptemos el axioma político fundamental de que los Estados Unidos, con su tradicional preocupación por los derechos de los débiles y desposeídos, y con su visión única de las maneras adecuadas para el desarrollo de los países atrasados, deben tener el valor y la persistencia de imponer su deseo por la fuerza hasta que otras naciones estén preparadas para aceptar estas verdades —o, sencillamente, para abandonar la esperanza.

Si es la responsabilidad de los intelectuales insistir en la verdad, es también su deber ver los sucesos en su perspectiva histórica. De ese modo, uno debe aplaudir la insistencia del Secretario de Estado en la importancia de las analogías históricas, la analogía de Munich, por ejemplo. Como lo demostró Munich, una nación poderosa y agresiva con una creencia fanática en su destino manifiesto verá cada victoria, cada extensión de su poder y su autoridad, como un preludio a su nuevo paso. Adlai Stevenson expresó muy bien el asunto cuando habló del “viejo, viejo camino por el que poderes expansivos empujan más y más puertas, creyendo que se abrirán siempre, hasta que, en la última, la resistencia es inevitable y estalla la gran guerra”. Aquí radica el peligro del apaciguamiento, como los chinos le señalan incansablemente a los soviéticos —quienes, dicen ellos, están haciendo el papel de Chamberlain a nuestro Hitler en Viet Nam. Por supuesto, la agresividad del imperialismo liberal no es la de la Alemania nazi, aunque la distinción le parecería académica al campesino vietnamita que está siendo gaseado o incinerado. No queremos ocupar Asia; simplemente

deseamos, volviendo al señor Wolf, “ayudar a los países asiáticos a progresar hacia la modernización económica, como sociedades relativamente ‘abiertas’ y a las que nuestro acceso, como país y como ciudadanos individuales, sea libre y cómodo”. La formulación es adecuada. La historia reciente muestra que nos importa poco [88] qué forma de gobierno tiene un país con tal de que permanezca siendo una “sociedad abierta”, en nuestro peculiar sentido de la palabra —es decir, una sociedad que permanece abierta a la penetración económica o al control político norteamericanos. Si es necesario llegar al genocidio en Viet Nam para conseguir este objetivo, entonces éste es el precio que debemos pagar en defensa de la libertad y los derechos humanos.

Al perseguir la meta de ayudar a otros países a progresar hacia sociedades abiertas, sin pensar en la expansión territorial, no estamos haciendo nada nuevo. En las audiencias congresionales que cité anteriormente, Hans Morgenthau describe correctamente nuestra política tradicional hacia China como una que favorece “lo que podría llamarse libertad de competencia con respecto a la explotación de China” (*op. cit.*, pág. 128). En verdad, pocos poderes imperialistas han tenido ambiciones territoriales explícitas. Así en 1784, el parlamento británico anunció: “Tener planes de conquista y de extensión de dominio sobre India son medidas incompatibles con el deseo, el honor y la política de esta [89] nación”. Poco después, la conquista de la India estaba en pleno apogeo. Un siglo después, Inglaterra anunció sus intenciones en Egipto bajo la consigna “intervención, reforma, retirada”. Es obvia la parte de esta promesa que fue cumplida en el próximo medio siglo. En 1936, en vísperas de las hostilidades al norte de China,

los japoneses declararon sus Principios Básicos de Política Nacional. Estos incluían el uso de medios moderados y pacíficos para extender su fuerza, promover el desarrollo económico y social, erradicar la amenaza del comunismo, corregir la política agresiva de las grandes potencias, y asegurar su posición como poder estabilizador en el oriente asiático. Incluso en 1937, el gobierno japonés no tenía “designios territoriales sobre China”. En resumen, seguimos un camino bien trillado.

Es útil recordar, incidentalmente, que los EE.UU. estaban al parecer bastante dispuestos, ya en 1939, a negociar un tratado comercial con Japón y llegar a un *modus vivendi* si Japón “cambiaba su actitud y su práctica hacia nuestros derechos e intereses en China”, al decir del secretario Hull. [90] El bombardeo a Chunkín y el saqueo de Nankín eran desagradables, es cierto, pero lo realmente importante eran nuestros derechos e intereses en China, como lo vieron claramente los hombres responsables, ahistóricos de esa hora. Japón cerró la puerta abierta y ello llevó inevitablemente a la guerra en el Pacífico, tal como el cierre de la puerta abierta por la China “comunista” podría conducir a la próxima, y sin duda última, guerra del Pacífico.

Bastante a menudo, las declaraciones de sinceros y dedicados expertos técnicos arrojan una luz sorprendente sobre las actitudes intelectuales que están detrás de la última salvajada. Consideren, por ejemplo, el siguiente comentario del economista Richard Lindholm, en 1959, que expresaba su frustración por el fallido desarrollo económico en “Viet Nam libre”:

... el empleo de ayuda norteamericana está determinado por cómo usan los vietnamitas sus entradas y ahorros. El hecho de que una amplia porción de las importaciones financiadas con ayuda norteamericana sean o bien artículos de consumo o materia prima, empleados más [91] bien directamente para satisfacer necesidades de consumo es una indicación de que el pueblo vietnamita desea estos artículos, pues han expresado su deseo mediante la disposición a usar sus piastras en adquirirlos²⁵.

En resumen, el *pueblo* vietnamita desea Buicks y aires acondicionados más que equipos de refinar azúcar o maquinaria de construcción de caminos, tal como lo han demostrado por su conducta en un mercado libre. Y no importa cuánto nos lamentemos de su libre selección, debemos permitirle al pueblo su deseo. Por supuesto, existen también esas bestias de carga con dos piernas que nos tropezamos en el campo, pero como cualquier graduado de ciencias políticas puede explicar, no son parte de una élite modernizadora responsable, y tienen, por tanto, sólo una semejanza biológica superficial con la raza humana. En gran medida, son actitudes como ésta las que respaldan la carnicería en Viet Nam, y mejor las encaramos con candor o encontraremos a nuestro gobierno guiándonos hacia una “solución final” [92] en Viet Nam, y en los muchos Viet Nam que esperan inevitablemente. Permítaseme finalmente volver a Dwight MacDonald y la responsabilidad de los intelectuales. Macdonald cita una entrevista con un pagador de un campo de concentración que rompe a llorar al decirsele que los rusos lo ahorcarán. “¿Por qué? ¿Qué he hecho yo?”, pregunta. MacDo-

²⁵ Lindholm, *op. cit.*

nald concluye; “Sólo los dispuestos a resistir la autoridad cuando ésta entre en conflicto intolerablemente con su código moral personal, sólo éstos tienen derechos a condenar al pagador”. La pregunta “¿Qué he hecho yo?” podríamos hacérsela a nosotros mismos, al leer diariamente acerca de nuevas atrocidades en Viet Nam —mientras creamos, o enunciamos, o toleramos las decepciones que serán usadas para justificar la próxima defensa de la libertad.

Febrero 23, 1967.

[95]

UN INTERCAMBIO DE CARTAS

Querido profesor Chomsky:

Le escribo para expresar mi admiración por su lúcido y atractivo ensayo en el *New York Review of Books*. Ese texto significará mucho para todos los que comparten su preocupación y para muchos que ahora empiezan a ver lo vital que ésta es para nuestra sobrevivencia como comunidad humana.

Pero le escribo también para preguntarle cuál será su próximo párrafo. Las falsedades que nos rodean requieren exposición Pero, ¿después qué? Usted dice *correctamente* que todos somos responsables; usted vislumbra correctamente que nuestra situación futura puede no ser mejor que la del consentidor intelectual bajo el nazismo. Pero qué *acción* solicita o incluso sugiere usted. ¿Anunciará Noam Chomsky que no enseñará más en el MIT ni en ningún otro lugar del país mientras continúen la tortura y el napalm? ¿Emigrará por un tiempo Noam Chomsky a, digamos, Churchill Collage, Cambridge, donde estaríamos, puedo decirlo, orgullosos y dichosos de recibirlo? ¿Ayudará a sus alumnos a escapar a Canadá o México (como ayu-[96]dó Jeanson a sus alumnos a abandonar Francia durante la crisis argelina)? ¿Renunciará incluso a una universidad muy implicada en este tipo de “estudios estratégicos” que él tan correctamente desprecia? El intelectual es responsable. ¿Qué debe hacer pues?

No pregunto esto como pie a una discusión. Sino con gran perplejidad personal. Tal vez estarnos en una trampa muy compleja. El gobierno y el congreso actuales parecen representar los puntos de vista debidamente expresados de una mayoría de nuestros conciudadanos. Estamos comprometidos con todos los derechos y el poder de esa expresión. Ni *un* congresista ha sido electo sobre una base realmente antibélica. Sentimos con angustia que nuestras opiniones son mejores, que debe oírse a una elite de conciencia y visión. Pero cómo y en qué forma políticamente activa. Si no podemos actuar políticamente, o tan sólo levemente, ¿entonces qué podemos hacer de modo personal, *ahora*, en nuestra vidas profesionales y privadas? ¿Cómo podemos ayudar a subvertir la fea, inhumana coexistencia de una brillante cultura intelectual [97] y artística con una política simultánea hacia Viet Nam que muchos de nosotros encontramos frustrante y abominable?

¿No se detiene su ensayo casi en el punto en que debería empezar?

GEORGE STEINER

Programa Schweitzer de Humanidades

Universidad de Nueva York

Querido Señor Steiner:

Muchas gracias por su carta. No sólo aprecio lo que dijo, sino que también estoy de acuerdo sin reservas esenciales con la crítica que hace. Creo que la cuestión crucial, no contestada en el artículo, es qué debe decirse en el próximo párrafo. He pensado mucho en esto, sin haber llegado a conclusiones satisfactorias. He probado varias cosas —hostigar a congresistas, hacer antesalas en Washington, dar conferencias en forums locales, trabajar con grupos estudiantiles en los preparativos de protestas públicas, manifestaciones, *teach-ins*, etc., en todas las formas adoptadas también por otros muchos. El único aspecto en el que he avanzado algo más, personalmente, es la negativa a pagar la mitad de mis impuestos el año pasado, y éste. Creo que hay que negarse a participar en cualquier actividad que ayude a la agresión norteamericana —rechazo a los impuestos y al reclutamiento, al trabajo que pueda ser usado por las agencias del militarismo y la represión, todos me parecen esenciales. No puedo sugerir una fórmula general. [99] Las decisiones detalladas tienen que ser objeto del juicio y la conciencia personales. Me siento incómodo sugiriendo públicamente el rechazo al reclutamiento, ya que es una proposición bastante mezquina de alguien de mi edad. Pero creo que negarse a pagar los impuestos es un gesto importante, porque simboliza una negativa a hacer una contribución voluntaria a la maquinaria bélica y también porque indica una disposición, que creo debe ser indicada, a tomar medidas

ilegales para oponerse a un gobierno indecente. He pensado bastante en las sugerencias específicas que usted hace, abandonar el país o renunciar al MIT, que está asociado, más que ninguna otra universidad, a las actividades del departamento de “defensa”. Uno de mis colegas, Patrick Wal, abandona el país y el MIT en gran parte por las razones que usted expone, y creo que como inglés está completamente justificado que lo haga.

Tal vez esto sea una racionalización, pero mi conclusión es que, por el momento, no es impropio que un intelectual norteamericano antibelicista se quede aquí y se oponga al gobierno, [100] de un modo tan explícito como pueda, dentro del país y de las universidades que han aceptado en gran escala la complicidad en la guerra y en la represión. De este modo, empleo gran parte de mi tiempo en un curso que, entre otras cosas, trata directamente de asuntos similares a los del artículo en el NYK, y específicamente de las responsabilidades de los científicos y de la intelectualidad en una situación como la de hoy. Me parece particularmente crucial tratar esas cuestiones dentro del estudiantado del MIT, por su potencial influencia y su papel en las decisiones. No me hago ilusiones especiales sobre el éxito que pueda obtenerse en esto, pero en lo que yo puedo ver, las acciones más significativas son las actividades educacionales de este tipo y la negativa personal a participar de algún modo en la implementación de las actividades bélicas del gobierno. Creo que el poco impacto que alguien como yo pudiera tener se perdería de abandonar el país. En lo referente al MIT, creo que su participación en el esfuerzo bélico es trágica e indefensible. Creo que hay que resistirse a esta subversión de la

universidad por todos los medios [101] posibles. Los muchos estudiantes y profesores dedicados a esta tarea están llenando una importante responsabilidad, no importa cuál sea la esperanza de éxito.

Estoy muy consciente de que los límites posibles de protesta no han sido alcanzados. Después de todo, hace treinta años les era posible a muchos hombres unirse a brigadas internacionales para luchar contra el ejército de su propio país. Podría pensarse aún en otras acciones realizables —digamos, ir a Viet Nam del Norte como rehén contra futuros bombardeos. No creo que esto sea ridículo en absoluto. Quizás sea la ausencia de valor y convicción lo que impide que yo y otros hagamos cosas de este tipo. Espero que quede claro que no tomo una actitud autosuficiente sobre todo esto. Fui bastante sincero en el artículo al referirme a la página de la historia en que encontramos nuestro sitio adecuado, los que permanecemos silenciosos y apáticos mientras se desarrollaba esta catástrofe y los que seguimos, hoy, mirando hacia otra parte y limitando nuestra protesta.

NOAM CHOMSKY
Cambridge, Massachusetts

[105]

SOBRE LA RESISTENCIA

Varias semanas después de las demostraciones en Washington*, todavía estoy tratando de ordenar mis impresiones sobre una semana cuya cualidad es difícil de captar o expresar. Quizás algunas reflexiones personales sean útiles a otros que compartan mi disgusto instintivo por el activismo, pero que se hallan encaminados a una indeseada pero casi inevitable crisis.

Para muchos de los participantes, las demostraciones de Washington simbolizaron la transición “de la discrepancia a la resistencia”. Volveré sobre esta consigna y su significado, pero quiero comenzar aclarando que la creo no sólo certera con respecto al ánimo de las demostraciones, sino también, interpretada con propiedad, adecuada al actual estado de protesta contra la guerra. Hay una irresistible dinámica en tal protesta. Uno puede empezar escribiendo artículos y pronunciando discursos sobre la guerra, ayudando, de muchas maneras, a crear [106] una atmósfera de preocupación y atrocidad. Unos pocos valientes se enrolarán en la acción directa, rehusando alinearse junto a los “buenos alemanes” que todos hemos aprendido a despreciar. Algunos se verán forzados a esta decisión al ser llamados al servicio militar. Los senadores, escritores, profesores discrepantes

* Demostraciones masivas contra la guerra en Viet Nam efectuadas durante el tercer fin de semana de octubre de 1967 frente al Pentágono. (N. del T.).

observarán mientras los jóvenes rehúsan servir en las fuerzas armadas, en una guerra que detestan. ¿Entonces qué? ¿Pueden los que escriben y hablan contra la guerra refugiarse en el hecho de que no han urgido o alentado la resistencia al reclutamiento, sino tan sólo ayudado a desarrollar un clima de opinión en el cual toda persona decente querrá rechazar tomar parte en una guerra miserable? Es una línea muy delgada. Ni es tampoco muy fácil observar desde una posición segura mientras otros se ven forzados a dar un paso inflexible y doloroso. El hecho es que la mayoría de las mil tarjetas de reclutamiento devueltas al Departamento de Justicia el 20 de octubre provenía de hombres que pueden eludir el servicio militar, pero que insistieron en compartir la suerte de los menos privilegiados. El círculo de resistencia se [107] amplía de ese modo. Bastante aparte de esto, nadie puede evitar ver que en la medida en que se restringe la protesta, en la medida en que se rechazan acciones abiertas hacia uno, se acepta la complicidad con lo que hace el gobierno. Algunos actuarán ante esta comprensión, sacando a relucir tajantemente un argumento moral que ninguna persona de conciencia puede evadir.

El 16 de octubre en el Boston Common escuché a Howard Zinn explicar por qué se sentía avergonzado de ser norteamericano. Vi a varios cientos de jóvenes, algunos de ellos alumnos míos, tomar una decisión que no debía tener que encarar ninguna persona joven: cortar su conexión con el Sistema Selectivo de Servicio. La semana terminó, el lunes siguiente, con una tranquila discusión en Cambridge en la que oí los estimados del megatonaje nuclear necesario para “sacar” a Viet Nam del Norte (“algunos encontrarán esto chocante, pero...”; “ningún

civil del gobierno está sugiriendo esto, que yo sepa...”; “no usemos palabras emocionales como destrucción,” etc.), y oí a un prominente experto en asuntos soviéticos explicar [108] cómo los hombres del Kremlin están tratando cuidadosamente de determinar si las guerras de liberación nacional pueden tener éxito —y si es así, apoyarlas en todo el mundo, (Traté de señalarle a tal experto que sobre esas bases, si los hombres del Kremlin son racionales, apoyarán seguramente docenas de esas guerras ahora mismo, ya que a un bajo costo pueden confundir a los militares norteamericanos y romper nuestra sociedad en pedazos —le dirán que usted no entiende el alma rusa).

El fin de semana de las demostraciones pacifistas en Washington me dejó impresiones vívidas e intensas, pero confusas para mí en sus implicaciones. El recuerdo dominante es el de la escena misma, el de decenas de miles de jóvenes rodeando la que estiman —debo añadir que estoy de acuerdo— la más horrenda institución de la tierra y demandando que cese de imponer la miseria y la destrucción. Decenas de miles de *jóvenes*. Esto es lo que encuentro duro de entender. Es lastimoso pero cierto que, por un margen aplastante, son los jóvenes los que gritan horrorizados ante lo que todos [109] vemos suceder, son los jóvenes los golpeados cuando defienden sus posiciones, y son los jóvenes los que tienen que decidir si aceptan la cárcel o el exilio, o pelean una guerra horrible. Tienen que afrontar esta decisión solos, o casi solos. Debemos preguntarnos por qué es esto así.

¿Por qué, por ejemplo, el senador Mansfield se siente “avergonzado por la imagen que ellos dan de este país”, y no se siente avergonza-

do por la imagen de este país que da la institución que estos jóvenes están afrontando, una institución dirigida por un hombre cuerdo y moderado y eminentemente razonable, que puede testificar con calma ante el Congreso que el monto total de material bélico empleado en Viet Nam ha sobrepasado el total empleado en Alemania e Italia en la II Guerra Mundial? ¿Por qué el senador Mansfield puede hablar en frases altisonantes sobre los que no están viviendo a la altura de nuestro compromiso con “un gobierno de leyes” —refiriéndose a un pequeño grupo de manifestantes, no a los noventa y pico de hombres responsables del Senado, que están mirando, con pleno conocimiento, cómo el Estado al que [110] sirven viola clara, flagrantemente lo estipulado en forma explícita en la Carta de las Naciones Unidas, la ley suprema de la tierra? Él sabe muy bien que antes de nuestra invasión a Viet Nam no hubo ataque armado contra ningún Estado. Fue el senador Mansfield, después de todo, quien nos informó que “cuando el agudo aumento del esfuerzo militar norteamericano comenzó a inicios de 1965, se estimaba que había sólo unos 400 soldados norvietnamitas entre las fuerzas enemigas en el Sur, que ascendían a 140.000 en ese momento”; y es por el Informe Mansfield que sabemos que en ese momento había ya 34.000 soldados norteamericanos en Viet Nam del Sur, violando nuestro “solemne compromiso” de Ginebra en 1954.

El argumento debe ser continuado. Después de los primeros Días Internacionales de Protesta, en octubre de 1965, el senador Mansfield criticó el “sentido de irresponsabilidad extrema” mostrado por los manifestantes. No tuvo nada que decir entonces, ni después, acerca del “sentido de irresponsabilidad extrema” mostrado por el senador

Mansfield y otros que aprueban tranquilamente apropiacio-[111]nes mientras las ciudades y aldeas de Viet Nam del Norte son demolidas, y millones de refugiados en el Sur son expulsados de sus hogares por el bombardeo norteamericano. No tiene nada que decir sobre los valores morales o el respeto por las leyes internacionales de aquellos que han permitido esta tragedia.

Hablo del senador Mansfield precisamente porque no es un superpatriota de golpes de pecho que quiere que los Estados Unidos gobiernen el mundo, sino que es más bien un intelectual norteamericano en el mejor sentido, un hombre letrado y razonable —el tipo de hombre que es el terror de nuestra era. Tal vez ésta es meramente una reacción personal, pero cuando miro lo que le está pasando a nuestro país, lo que me parece más aterrador no es Curtis LeMay, con su jovial sugerencia de que bombardeemos a todos hasta llevarlos otra vez a la edad de piedra, sino las tranquilas disquisiciones de los científicos de la política sobre cuánta fuerza se necesitará exactamente para lograr nuestros fines, o simplemente cuál será la forma de gobierno aceptable por nosotros en Viet Nam. Lo que encuen-[112]tro aterrador es la desvinculación y la ecuanimidad con que vemos y discutimos una tragedia insoportable. Todos sabemos que si Rusia o China fueran culpables de lo que hemos hecho en Viet Nam, estaríamos estallando de indignación moral ante estos crímenes monstruosos.

Hubo, pienso yo, un serio error de cálculo en la planificación de las demostraciones en Washington. Se esperaba que la marcha al Pentágono sería seguida de un número de discursos, y que los com-

prometidos en la desobediencia civil se separarían de la multitud y se dirigirían al Pentágono, a lo largo de unos cientos de yardas por un campo abierto. Yo había decidido no tomar parte en la desobediencia civil, y no sé en detalle lo que se había planeado. Como todos comprenderán, es muy difícil distinguir la racionalización de la racionalidad en tales asuntos. Pensaba, sin embargo, que los primeros actos de desobediencia civil en larga escala deberían ser más específicamente definidos, más claramente en apoyo de los que se niegan a servir en Viet Nam, sobre los que la carga real de la discrepancia [113] caería inevitablemente. A la vez que apreciaba el punto de vista de los que deseaban expresar su odio a la guerra de una forma más explícita, yo no estaba convencido de que la desobediencia civil en el Pentágono sería significativa o efectiva.

De todos modos, lo que realmente ocurrió fue bastante diferente de lo que cualquiera habría anticipado. Algunos miles de personas se reunieron para los discursos, pero la masa de manifestantes prosiguió directamente hacia el Pentágono, algunos porque estaban comprometidos en la acción directa, otros porque fueron simplemente arrastrados. Desde la tribuna de los oradores, en que yo estaba parado, era difícil determinar exactamente lo que estaba sucediendo en el Pentágono. Todo lo que veíamos era la agitación de la muchedumbre. De informes de segunda mano, saco en conclusión que los manifestantes caminaron a través y alrededor de la primera línea de tropas y tomaron una posición, que mantuvieron, en los escalones del Pentágono. Pronto resultó obvio que era un error de los varios organizadores de la marcha y del grupo mayormente de mediana edad que [114] se había reunido a

su alrededor el permanecer en la tribuna de los oradores, mientras los manifestantes mismos, la mayoría bastante joven, estaban en el Pentágono. (Recuerdo haber visto cerca de la tribuna a Robert Lowell, Dwikht MacDonald, Mons. Rice, Sidney Lens, Benjamín Spock y su esposa, Dagmar Wilson, Donald Kalish). David Dellinger sugirió que tratáramos de acercarnos al Pentágono. Encontramos un lugar no bloqueado aún por los manifestantes, y caminamos hasta la línea de tropas paradas a unos pies del edificio. Dellinger sugirió que aquellos de nosotros que todavía no habíamos hablado en la concentración lo hiciésemos directamente a los soldados mediante un pequeño equipo de amplificación portátil. Desde este momento, mis impresiones son algo fragmentarias. Mons. Rice habló, y después yo. Mientras yo hablaba, la línea de soldados avanzó, hasta más allá de mí —una experiencia bastante rara. No recuerdo lo que yo decía con exactitud. La esencia era, supongo, que estábamos allí porque no queríamos que los soldados mataran y fueran muertos, pero sí recuerdo que sen- [115]tía que mi manera de decirlo era ridícula y desatinada.

La avanzante línea de soldados había disgregado parcialmente al grupito que llegó con Dellinger. Los que habíamos sido dejados tras la línea de soldados nos reagrupamos, y el doctor Spock empezó a hablar. Casi al mismo tiempo, otra línea de soldados salió de alguna parte, esta vez en apretada formación, rifles en mano, y se movió lentamente hacia adelante. Nos sentamos. Como dije antes, yo no tenía intención de participar en acto alguno de desobediencia civil, hasta ese momento. Pero cuando aquel grotesco organismo comenzó a avanzar lentamente —más grotesco aún porque sus células eran seres humanos reconoci-

bles—, se hizo obvio que no se podía permitir que esa cosa dictara lo que se iba a hacer. Fui arrestado en ese punto por un alguacil federal, presumiblemente por obstruir a los soldados. Debo añadir que los soldados, en lo que yo podía ver (que no era mucho), parecían más bien infelices acerca de todo el asunto, y estaban siendo tan gentiles, tan gentiles como uno puede serlo cuando recibe órdenes (presumo que ésa fue la orden) de golpear [116] y aporrear a gente pasiva, tranquila, que rehusaba moverse. Los alguaciles federales, predeciblemente, eran muy distintos. Me recordaban a los agentes de policía que había visto en una cárcel de Jackson, Mississippi, hacía varios veranos, que se habían reído cuando un viejo nos mostró un vendaje casero ensangrentado en una pierna y trató de describirnos como había sido golpeado por la policía. En Washington, los que la pasaron peor en manos de los alguaciles fueron los y las jóvenes, particularmente los muchachos de pelo largo. Nada parecía sacar más a flote el sadismo de los alguaciles que la visión de un muchacho con pelo largo. Sin embargo, aunque presencié algunos actos de violencia por los alguaciles, su conducta se desarrolló mayormente entre la indiferencia y las pequeñas suciedades. Por ejemplo, fuimos mantenidos en un carro policial durante una hora o dos con las puertas cerradas, y sólo unos pocos agujeros para la ventilación —uno no puede ser demasiado cuidadoso con tan feroces tipos criminales.

En el dormitorio de la prisión y después de mi libertad escuché muchas historias, que estoy seguro son auténticas, del coraje de los jóvenes, muchos de los cuales estaban bastante atemorizados por el terrorismo que comenzó tarde en la noche, después de que los camaró-

grafos de la TV y la mayor parte de la prensa se habían ido. Estuvieron sentados tranquilamente hora tras hora durante la fría noche; muchos fueron pateados y golpeados y arrastrados hacia las líneas policiales. También escuché historias, penosas, de provocación de las tropas por los manifestantes —usualmente, parece, por los que no estaban en las filas delanteras. Esto, con seguridad, es indefendible. Los soldados son instrumentos de terror a pesar suya; uno no culpa o ataca a la porra empleada en apalear a alguien hasta matarlo. Ellos son también seres humanos, con sensibilidades a las que uno puede tal vez apelar. Hay, en efecto, fuerte evidencia de que un soldado, quizás tres o cuatro, rehusó obedecer órdenes y fue arrestado. Los soldados, después de todo, están en una posición muy similar a la de los resistentes al reclutamiento. Si obedecen órdenes, lo que hacen los brutaliza; si no, las consecuencias personales son severas. Es una situación que merece compasión [118] y no abuso. Pero debemos retener un sentido de la proporción en el asunto. Todo lo que vi o escuché indica que los manifestantes desempeñaron sólo un pequeño papel en iniciar la violencia ocurrida.

El argumento de que la resistencia a la guerra debe permanecer estrictamente pacífica me parece aplastante. Como táctica, la violencia es absurda. Nadie puede competir con el gobierno en violencia, y el recurrir a la violencia, que seguramente fallará, no hará, más que asustar y alejar a algunos que pueden ser alcanzados, y alentará más a los ideólogos y administradores de la represión por la fuerza. Es más, uno espera que los participantes en la resistencia pacífica se conviertan en seres humanos de una más admirable clase. Nadie puede dejar de

estar impresionado por las cualidades personales de aquellos que han alcanzado la madurez en el movimiento de los derechos civiles. Aparte de cualquier otra cosa lograda, el movimiento de los derechos civiles ha hecho una inestimable contribución a la sociedad norteamericana al transformar las vidas y caracteres de los que tomaron parte en él. Tal vez un programa [119] de resistencia de principios, pacífica, puede hacer lo mismo por muchos otros, en las particulares circunstancias que encaramos hoy. No es imposible que esto pueda salvar al país de un terrible futuro, de una generación más de hombres que crean hábil el discutir el bombardeo de Viet Nam del Norte como una cuestión de táctica y de efectividad de costos.

Debo admitir que sentí alivio al encontrar en el dormitorio de la prisión a gente que he respetado por años —Norman Mailer, Jim Peck, David Dellinger, y otros. Creo que era tranquilizador para muchos de los muchachos allí, el poder sentir que no estaban totalmente desconectados de un mundo que conocían y de gente que admiraban. Era conmovedor ver que jóvenes indefensos que tenían mucho que perder estaban dispuestos a ser encarcelados por sus creencias —jóvenes instructores de universidades estatales, universitarios con un brillante futuro si estuvieran dispuestos a mantenerse en la línea.

¿Qué viene después? Obviamente esta pregunta está en la mente de todos. La consigna “de la discrepancia a la [120] resistencia” tiene sentido, creo yo, pero espero que no sea tomada para implicar que la discrepancia deba cesar. La discrepancia y la resistencia no son alternativas, sino actividades que deben reforzarse mutuamente. No hay

razón alguna para que los participantes en el rechazo al pago de impuestos, en la resistencia al reclutamiento y otras formas de resistencia, no puedan también hablarles a grupos religiosos o en forums locales, o involucrarse en política electoral en apoyo de candidatos pacifistas o referendums sobre la guerra. En mi experiencia, han sido a menudo los comprometidos en la resistencia los más hondamente involucrados en tales intentos de persuasión. Dejando a un lado por un momento el asunto de la resistencia, creo que debe enfatizarse que los días de “explicar pacientemente”, están lejos de haber pasado. En la medida en que los ataúdes llegan y los impuestos suben, muchos que estaban dispuestos antes a aceptar la propaganda gubernamental estarán cada vez más preocupados en pensar por sí mismos.

Aún más, el reciente cambio en la línea del gobierno ofrece importantes [121] oportunidades para un análisis crítico de la guerra. Hay una nota de aguda desesperación en la reciente defensa de la guerra norteamericana en Viet Nam. Oímos cada vez menos sobre “llevar libertad y democracia” a los sudvietnamitas y más sobre el “interés nacional”. El secretario Rusk rumia acerca del peligro que mil millones de chinos significan para nosotros; el vicepresidente nos dice que estamos combatiendo “el comunismo militante asiático” con “su cuartel general en Pekín” y añade que una victoria del Vietcong amenazaría directamente a los Estados Unidos; Engene Rostow arguye que “no es bueno construir ciudades modelos si serán bombardeadas dentro de veinte años”, y otras cosas por el estilo (todo ello “un frívolo insulto a la Marina de EE. UU.”, como comentó certeramente Walter Lippmann). Este cambio en la propaganda facilita al analista crítico

atacar el problema de Viet Nam en su médula, que está en Washington y Boston, no en Saigón ni Hanoi.

Los que se opusieron a la conquista japonesa de Manchuria hace una generación, no enfatizaron los problemas políticos y sociales y económicos [122] de Manchuria, sino los de Japón. No se adentraron en un debate burlesco sobre el grado exacto de apoyo al emperador títere, sino miraron hacia las fuentes del imperialismo japonés. Ahora los opositores a la guerra pueden trasladar la atención mucho más fácilmente a las razones internas de la agresión de su país. Podemos preguntar que al “interés” de quién se sirve con cien mil bajas y cien mil millones de dólares, gastados en el intento de subyugar a un país pequeño a medio mundo de distancia. Podemos señalar lo absurdo de la idea de que estamos “conteniendo a China” destruyendo fuerzas populares e independientes en sus fronteras. Podemos preguntar por qué los que admiten que “un régimen comunista vietnamita sería probablemente... antichino” (Ithiel Pool, *Asian Survey*, agosto 1967), firman no obstante declaraciones que fingen que en Viet Nam estamos enfrentando a los agresores expansionistas de Pekín. Podemos preguntar qué factores en la ideología norteamericana facilitan tanto el que hombres inteligentes y bien informados digan que “en nada insistimos en Viet Nam del Sur excepto en que sea libre para trazar su propio [123] futuro” (Comité de Ciudadanos por la Paz con Libertad, *New York Times*, oct. 26), aunque saben muy bien que el régimen que nosotros impusimos excluía a todos los que tomaron parte en la lucha contra el colonialismo francés, “y es propio que así sea” (secretario Rusk, 1963); que hemos estado tratando desde entonces de reprimir

una “insurrección civil” (general Stillwell) guiada por el único “partido político de verdadera base masiva en Viet Nam del Sur” (Douglas Pike); que supervisamos la destrucción de la oposición budista; que ofrecimos a los campesinos una “libre elección” entre el gobierno saigónés y el FNL llevándolos en manadas a aldeas estratégicas de las que los cuadros y simpatizantes del FNL fueron eliminados por la policía (Roger Hilsman), y así. La historia es familiar.

Más importante aún, podemos hacer la pregunta realmente fundamental. Supongamos que fuera de “interés nacional” el pulverizar una nación pequeña que se niega a someterse a nuestro deseo. ¿Sería entonces legítimo y propio para nosotros actuar “en este interés nacional”? Los Rusk y los Humphrey y el Comité de Ciudadanos [124] dicen que sí. Nada podría mostrar más claramente cómo estamos tomando el camino de los agresores fascistas de hace una generación.

Algunos parecen pensar que la resistencia “ennegrecerá” el movimiento pacifista y dificultará el llegar hasta potenciales simpatizadores mediante vías más familiares. No estoy de acuerdo con esta objeción, pero creo que no debe ser ligeramente descartada. Los resistentes que aspiran a salvar al pueblo de Viet Nam de la destrucción deben seleccionar los puntos que confrontan y los medios que emplean de tal manera que atraigan tanto apoyo popular para sus esfuerzos como sea posible. No hay ausencia de puntos claros ni de medios honorables, seguro; por tanto, no hay razón para que uno deba ser impulsado a malas acciones en asuntos ambiguos. En particular, me parece que la resistencia al reclutamiento, llevada con propiedad (como hasta ahora), es no sólo un acto de coraje y altos principios, sino también

uno que podría recibir amplio apoyo y ser políticamente efectivo. Podría, aún más, traer a colación exitosamente el asunto de la compli-
cidad pasiva en la guerra, ahora evadido con [125] demasiada facilidad. Los que encaren este problema podrían incluso evolucionar y liberarse de las presiones ideológicas de la vida norteamericana, que destruyen la mente, y hacer algunas serias preguntas acerca del papel de Norteamérica en el mundo.

Por otra parte, creo que esta objeción a la resistencia no está formulada con propiedad. El “movimiento pacifista” existe sólo en las fantasías de un paranoico. Los que hallen objetables algunos de los medios empleados o de los fines perseguidos pueden oponerse a la guerra de otros modos. No serán expulsados de un movimiento que no existe; sólo serán ellos los culpables si no utilizan las otras formas de protesta a mano.

He dejado para el final la cuestión más importante, la cuestión sobre la que tengo menos que decir. Es la cuestión de las formas que debe tomar la resistencia. Todos participamos en la guerra en una medida mayor o menor, aun cuando sólo sea pagando impuestos y permitiendo que la sociedad doméstica funcione suavemente. Una persona tiene que escoger el punto en que sencillamente se negará a partici-[126]par por más tiempo. Llegado ese punto, será llevada a la resistencia. Creo que las razones para resistir que he mencionado son convincentes: tienen un irreductible elemento moral que admite poca discusión. El asunto se presenta en su forma más pura para el muchacho que se expone al enrolamiento y, en una forma algo más compleja,

para el muchacho que debe decidir si participa en un sistema selectivo de servicio que tal vez traslade la carga suya a otros menos afortunados y menos dotados. Es difícil para mí ver cómo se puede rehusar comprometerse, de algún modo, en el empeño de estos jóvenes. Las maneras de hacerlo varían, desde la ayuda legal y el apoyo económico, hasta medidas como auxiliar a los que desean escapar del país, y finalmente hasta los pasos propuestos por los clérigos que anunciaron recientemente que están dispuestos a compartir el destino de los que sean mandados a prisión. Acerca de este aspecto del programa de la resistencia no tengo nada que decir que no sea totalmente obvio para cualquiera que esté dispuesto a pensar el asunto.

Considerada como una táctica política, sin embargo, la resistencia re-[127]quiere ser pensada con cuidado, y no pretendo tener ideas muy claras sobre ella. Mucho depende de cómo se desarrollen los acontecimientos en los meses venideros. La guerra de desgaste de Westmoreland puede continuar sencillamente sin ningún final visible, pero la situación política doméstica lo hace improbable. Si los Republicanos no deciden desperdiciar las elecciones otra vez, podrían tener una estrategia ganadora: pueden decir que terminarán la guerra, y ser vagos en cuanto a los medios. En tales circunstancias, es improbable que Johnson permita la continuación del actual ajedrez militar. Habría, entonces, varias opciones. La primera es la retirada norteamericana, en los términos que fuera. Podría ser disfrazada como una retirada a “enclaves”, desde los cuales las tropas podrían ser luego trasladadas. Podría ser arreglada mediante una conferencia internacional, o permitiendo un gobierno en Saigón que buscase la paz entre los contendien-

tes sudvietnamitas y luego nos pidiera que nos fuésemos. Esta política podría ser políticamente factible; la misma empresa de relaciones públicas que inventó términos como “desarrollo revolu-[128]cionario” puede presentar la retirada como victoria. Lo que no sé es si hay alguien en la rama ejecutiva con el valor o la imaginación para apurar esta vía. Un número de senadores está proponiendo, en esencia, que éste es el camino a seguir, al igual que críticos de la guerra tales como Walter Lippmann y Hans Morgenthau, si no los entiendo mal. Un plan detallado y bastante sensato para arreglar la retirada conjuntamente con nuevas y más significativas elecciones en el Sur es bosquejado por Philippe Devillers en *Le Monde Hebdomadaire* de octubre 26. Las variantes pueden imaginarse fácilmente. Lo central es la decisión de aceptar el principio de Ginebra de que los problemas de Viet Nam sean arreglados por los vietnamitas.

Una segunda posibilidad sería el aniquilamiento. Nadie duda de que tenemos la capacidad tecnológica para ello, y sólo existe la duda sentimental de si tendremos igualmente la capacidad moral. Bernard Fall predijo esta salida en una entrevista poco antes de su muerte. “Los norteamericanos pueden destruir”, dijo, “pero no pacificar. Pueden ganar la guerra, pero se-[129]rá la victoria del cementerio. Viet Nam será destruido”.

Una tercera opción sería una invasión a Viet Nam del Norte. Esto nos cargaría con dos inderrotables guerras de guerrillas en vez de una, pero si el ritmo es correcto, podría ser usado como un recurso para agrupar a la ciudadanía alrededor de la bandera.

Una cuarta posibilidad es un ataque a China. Entonces podríamos abandonar Viet Nam y cambiar hacia una guerra ganable dirigida contra la capacidad nuclear o industrial china. Un movimiento así ganaría la elección. Sin duda este proyecto es llamativo a la insana racionalidad llamada “pensamiento estratégico”. Si pretendemos mantener ejércitos de ocupación o incluso fuertes bases militares en el continente asiático, haríamos bien en asegurarnos de que los chinos no tengan los medios de amenazarlos. Por supuesto, está el peligro de un holocausto nuclear, pero es difícil ver por qué esto habría de molestar a los que John McDermott llama los “administradores de la crisis”, los mismos hombres que estaban dispuestos a aceptar, en 1962, un cincuenta por ciento de probabilidades de una guerra nuclear para establecer el principio de que nosotros, y sólo nosotros, tenemos derecho a mantener cohetes en las fronteras de un enemigo potencial.

Hay muchos que miran las “negociaciones” como una alternativa realista, pero yo no entiendo la lógica o incluso el contenido de esta proposición. Si dejamos de bombardear Viet Nam del Norte podríamos muy bien entrar en negociaciones con Hanoi, pero entonces habría muy poco que discutir. En lo referente a Viet Nam del Sur, el único punto negociable es la retirada de tropas extranjeras —otros asuntos sólo pueden ser arreglados entre los grupos vietnamitas que hayan sobrevivido al asalto norteamericano. El llamado a “negociaciones” me parece no sólo vacío, sino de hecho una trampa para los que se oponen a la guerra. Si no acordamos retirar nuestras tropas, las negociaciones se detendrán, la lucha continuará, se disparará sobre las tropas norteamericanas y se las matará, los militares tendrán un argumento

persuasivo para escalar: salvar vidas norteamericanas. En resumen, la solución Symington: la victoria del cementerio. [131]

De las opciones realistas, sólo la retirada (disfrazada de lo que sea) me parece tolerable, y la resistencia, como táctica de protesta, debe destinarse a aumentar la tendencia a que esta opción sea escogida. Más aún, el tiempo para emprender tal acción puede ser muy corto. La lógica de recurrir a la resistencia como táctica para acabar la guerra es clara, No hay bases para suponer que los que tomarán las grandes decisiones políticas estén abiertos a la razón en los aspectos fundamentales, en particular acerca de si nosotros, solos entre las naciones de la tierra, tenemos la autoridad y la competencia para determinar las instituciones sociales y políticas de Viet Nam. Es más, es poco probable que el proceso electoral influya en las grandes decisiones. Como he explicado, el asunto puede resolverse antes de las próximas elecciones. Y aun si no se resuelve, es a duras penas probable que una alternativa seria salga de las urnas. Y si por un milagro tal alternativa surge, ¿cuán seriamente podemos tomar las promesas de un “candidato pacifista” tras la experiencia de 1964? Con los peligros enormes de la escalada y su odioso carácter, es sensato, en tal situación, buscar vías de elevar el costo doméstico de la agresión norteamericana, elevarlo a un punto en que no pueda ser ignorado por los que tienen que calcularlo. Entonces uno debe considerar de qué formas es posible plantear una amenaza seria. Muchas posibilidades vienen a la mente: una huelga general, huelgas universitarias, intentos de impedir la producción de guerra y los suministros, etc.

Personalmente, creo que actos de ruptura de este tipo estarían justificados si fueran eficaces en detener una inminente tragedia. Sin embargo, soy escéptico en cuanto a su posible eficacia. En este momento, no puedo imaginarme una base amplia para tal acción, en la comunidad blanca al menos, fuera de las universidades. La represión por la fuerza, por lo tanto, no sería muy difícil. Mi vaticinio es que esas acciones, además, involucrarían principalmente a estudiantes y a los miembros más jóvenes de las facultades de humanidades y de las escuelas teológicas, así como a algunos científicos. Las escuelas profesionales, los ingenieros, los especialistas en la tecnología de la manipulación y el [133] control (muchas de las ciencias sociales), probablemente permanecerían relativamente desvinculados. Por tanto, la amenaza a largo plazo, cualquiera que resultara ser, sería a la cultura humanística y científica norteamericana. Dudo que esto parezca importante a los de las posiciones decisivas. Rusk y Rostow y sus cómplices en el mundo académico parecen no percatarse de la seria amenaza que su política plantea ya a estas esferas. Dudo que aprecien la medida, o la importancia, de la disipación de energías creativas y la creciente desafección entre la gente joven, asqueada por la violencia y la falsedad que ve en el ejercicio del poder norteamericano. Una mayor ruptura en estas áreas podría parecerles, entonces, un precio desdeñable. La resistencia es en parte una responsabilidad moral, en parte una táctica para afectar la política gubernamental. En particular, con respecto al apoyo a la resistencia al reclutamiento, creo que es una responsabilidad moral que no puede esquivarse. Por otra parte, como táctica, me parece de dudosa eficacia, tal como están las cosas ahora.

Digo esto con desconfianza y considerable incertidumbre. [134]

No importa qué pase en Viet Nam, habrá repercusiones domésticas significativas. Es axiomático que ningún ejército pierde nunca una guerra; sus bravos soldados y omniscientes generales son apuñalados por la espalda por pérfidos civiles. La retirada norteamericana posiblemente traiga a superficie, entonces, los peores rasgos de la cultura norteamericana, y tal vez conduzca a una seria represión interna. Por otra parte, una “victoria” norteamericana podría muy bien tener peligrosas consecuencias tanto aquí como en el exterior. Podría aumentar el prestigio de un ejecutivo ya demasiado poderoso. Existe, además, el problema enfatizado por A. J. Muste: “el problema después de la guerra es el vencedor. Cree que acaba de probar que la guerra y la violencia pagan. ¿Quién le dará ahora una lección?” Para la más poderosa y más agresiva nación del mundo, esto es ciertamente un peligro. Si pudiéramos deshacernos de la ingenua creencia de que somos de algún modo distintos y más puros —una creencia sostenida por británicos, franceses y japoneses en sus momentos de gloria imperial—, entonces podríamos encarar honestamente lo [135] que hay de verdad en esta observación. Sólo se puede esperar que encaremos esta verdad antes de que demasiados inocentes de todos los bandos, sufran y mueran.

Finalmente, hay ciertos principios que creo que deben recalcar en nuestro intento de crear una oposición efectiva a esta y futuras guerras. No debemos, creo yo, conminar impensadamente a otros a la desobediencia civil, y debemos cuidarnos de crear situaciones en las que gente joven se vea inducida, quizás violando sus convicciones

básicas, a la desobediencia civil. La resistencia debe ser libremente abordada. Espero, mucho más sinceramente de lo que puedo expresarlo, que cree lazos de amistad y confianza mutua que apoyen y den fuerzas a los que seguramente sufrirán.

Diciembre 7, 1967.

